

LIBRERIA Y PAPELERIA

# Celestino Collada Vega

Misales y Brevarios de las nuevas ediciones.

Libros comerciales, de texto y para escuelas

Uría, 26 - Oviedo - Teléfono, 12-71

# SEGISMUNDO IZQUIERDO

Almacén al por mayor de Harinas, Cereales y Salvados

ooooooooo

FRAY CEFERINO, 21  
Teléfono, 11-61 - Oviedo

Antes de comprar, consulten precios con esta casa

# López Sela, Hijo

Casa fundada en 1850

Rosal, 16 - Oviedo - Teléfono, 103

Almacén de comestibles y Fábrica de Chocolates

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Cafés tostados diariamente

# Balsera y Muñiz

ABONOS QUIMICOS

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Materiales de construcción

RUI-PEREZ, 12 - AVILÉS

# La Victoria

San Antonio, 18 - Oviedo  
Teléfono, 553

## CANDIDA CABAL DE GONZALEZ

Metalúrgia, Objetos de plata meneses. Estatuaria religiosa, Hilos, canutillos.

ORO Y PLATA PARA BORDAR

Gran establecimiento de ornamentos de iglesia

::: Sastrería eclesiástica y de Caballero :::

# ESCOBEDO HERMANOS

Fábrica de Bolsas de papel  
PAPELES DE ENVOLVER

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Imprenta Sellos de caucho  
Rótulos de esmalte

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Palacio Valdés, 8 - Teléfono, 12-46

OVIEDO

# Industrias Zarracina (S. A.)

GIJÓN

Grandes fábricas de Sidra Champagne, Chocolates, Harinas y Pan

La Sidra Champagne ZARRACINA se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Cochss-Camas



# FEDERACIÓN ASTURIANA CATÓLICO-AGRARIA

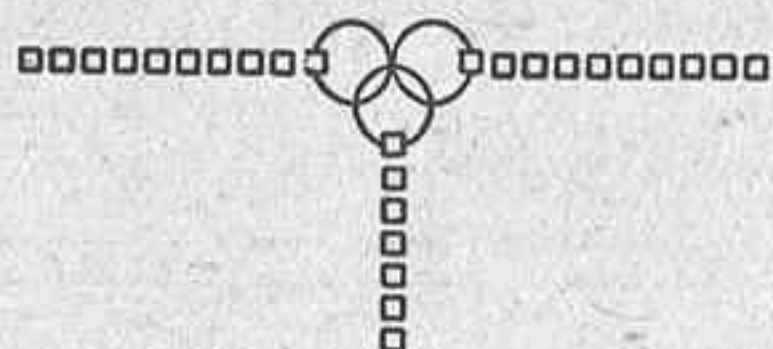
## CAJA CENTRAL DE AHORROS Y PRESTAMOS

Esta Caja admite imposiciones de todo el mundo, abonando en concepto de interés: 3,50 por 100 a la vista; 4 por 100 a seis meses y 4,50 por 100 al año.

La Caja Central no hace préstamos más que a las Cajas Rurales federadas

### Francisco Martínez Elola

PROCURADOR DE  
LOS TRIBUNALES



Despacho: Magdalena, 11 pral.

Teléfono, 818

: OVIEDO :

ORNAMENTOS  
: DE IGLESIA :

Depósito de Plata Meneses

### SASTRERÍA

### J. Collado

:: OVIEDO ::

SAN ANTONIO, 2

## BANCO DE OVIEDO

Fundado por las Bancas Masaveu y C.<sup>a</sup> y M. Caicoya y Hno.

**CAPITAL: 30.000.000 DE PESETAS**

Giros sobre plazas nacionales y extranjeras, Cuentas corrientes a la vista, con interés, en pesetas y en moneda extranjera. Cobro y descuento de cupones, Compra y venta de valores del Estado y Obligaciones hipotecarias.

**BONOS A VENCIMIENTO FIJO**

El Banco de Oviedo expide Bonos a vencimiento fijo por el importe de la cantidad que entrega el cliente, devengando un interés de 3 y medio % a seis meses 4 % a un año.

CAJAS DE ALQUILER

OVIEDO

CAJA DE AHORROS



# ASTURIAS AGRARIA

REVISTA QUINCENAL DE CUESTIONES SOCIALES

Publicada por la Federación Asturiana Católico-Agraria

Director: M. ARBOLEYA

Asturias Agraria  
a Mons. Pottier

## HOMENAJE BIEN MERECIDO

ASTURIAS AGRARIA se honra hoy dedicando un sencillo homenaje a la santa memoria del querido Maestro y venerable sacerdote, Monseñor Pottier, que acaba de morir en Roma tan cristianamente como ha vivido su larga y fecunda vida.

Este homenaje, al que contribuyen, haciéndolo digno de su alto objeto, nuestros escritores católico-sociales más eminentes, se debía en estas columnas al ilustre Prelado belga, no ya sólo por sus méritos insignes, sino también por el afecto paternal con que nos distinguía y por el cariño e interés que le inspiraba nuestra Obra de la Federación Asturiana Católico-agraria.

De una y otra cosa da buen testimonio la siguiente carta, que, entre otras semejantes, elegimos para traducirla aquí:

«Roma, 28 de Enero de 1923,—Queridísimo señor Arboleya: Con infinita complacencia y deleite he leído la descripción de la Asamblea general de esos Sindicatos agrícolas, celebrada en Oviedo y reseñada por la revista ASTURIAS AGRARIA del 15 de este mes.

«Le acompaño vivamente en su alegría, porque me imagino que V. ha sido el alma del magnífico trabajo de reconstitución, que se ofrece tan rico en esperanzas las más consoladoras. ¡Sea bendita la buena Providencia del Señor, que ha traído la calma después de la tempestad!

«Me complazco en suponer que las risueñas esperanzas que el suceso autoriza a concebir se trocarán rápidamente en realidades plenas de bienes morales y económicos, para gloria del Señor y alivio, mejora y elevación de su pueblo.—Con mis cordiales felicitaciones reciba la expresión reiterada de mi amistad afectuosa, *A. Pottier.*»

Con ese cariño y con esa cristiana alteza de miras—la gloria del Señor y la elevación de su pueblo—observaba, desde tan lejos, este sabio Prelado el desenvolvimiento de nuestra Obra; y tan gratas esperanzas había depositado en ella. ¡Quiera Dios que no se vean fallidas; y sepamos corresponder a ellas, ante todo elevando al cielo nuestras plegarias por la eterna paz de quien con tanto ahinco la procuró entre los hombres, basada en la justicia y en el amor, y luego meditando e imitando sus grandes virtudes, de las que con tanta autoridad hablan nuestros ilustres colaboradores en las páginas siguientes!



Nació en Spa, bella ciudad de Bélgica, lindante con Alemania, el 22 de Febrero de 1849. Era de familia distinguida y piadosa y pronto se decidió por la carrera sacerdotal. Después de brillantes estudios en Bélgica pasó a continuarlos a la Universidad Gregoriana de Roma, donde estuvo desde 1868 a 1875. Allí se doctoró en Filosofía y Teología.

Volvió a Lieja, se ordenó de sacerdote, e inmediatamente fué nombrado Profesor del Seminario de Saint Fraud. Explicó en él un curso de Filosofía y tres en el de San Quirico de Huy. En 1879 fué nombrado Profesor de Teología Moral en el Seminario de Lieja, cátedra que regentó hasta comienzos del siglo en que la falta de salud le obligó a recluirse en un Sanatorio de Suiza.

Pottier era un hombre meditativo, reflexivo, enamorado de los libros, consagrado al estudio, todo lo contrario a un hombre de acción. Leyó a los grandes moralistas, y con preferencia a Santo Tomás y a los teólogos españoles, y su inteligencia penetrante sacó de ellos raudales de luz y una seguridad doctrinal que no le abandonó nunca.

Pero el año 1886 cayó a sus piés un rayo a cuya fulguración vió un espantoso abismo. El rayo fué una huelga revolucionaria que causó estragos e hizo vibrar a Bélgica de sorpresa y de espanto; el abismo era el problema social que nunca hasta entonces había atraído su atención.

«Se me reveló la cuestión social a los 36 años»—solía decir a sus amigos. Pero desde entonces esa fué la preocupación absorbente de su vida.

«Si es un problema de justicia—se dijo a priori—la solución está en el catolicismo y en la Iglesia que es la depositaria de su excelsa Moral». Y comenzó a estudiar de una parte la realidad y de otra las aplicaciones prácticas de los sólidos principios de la moral cristiana.

Hombre de corazón generoso, vió que

no tenía ya derecho a la quietud de su biblioteca y al placer íntimo de la contemplación espiritual y de la especulación teorizante puramente intelectualista. Y se lanzó arduosamente a la acción.

Su primer campo de operaciones fué la Sociedad obrera de San Alfonso en Lieja. Fué su primer contacto con la clase obrera y la primera experimentación que hacía sobre el efecto producido en ella por las ideas que elaboraba incesantemente en la soledad de su despacho. Sintióse entonces, como un aldabonazo dado en las conciencias, la necesidad de preocuparse de los obreros que se iban a la desbandada y que ponían en peligro a Bélgica, y así al lado de Pottier agrupáronse hombres generosos, entre los cuales muchos jóvenes que acababan de salir de la Universidad de Lovaina. Para ellos organizó un Círculo de Estudios Sociales que ha sido histórico por que en él está en embrión la *Escuela doctrinal democrática de Lieja*, la *Unión democrática* de los católicos belgas y la espléndida floración de organizaciones y de leyes sociales que han ganado a Bélgica el título glorioso de Laboratorio social de Europa.

En 1888 publicaba su primer trabajo social, *La Cooperación*, y en 1890, en el tercer Congreso de Lieja organizado por Mgr. Doutreloux, presentó su estudio titulado *Ce qu'il y a de legitime dans les reivindications ouvrières*. Causó impresión enorme y lo colocó en primera línea de los Maestros sociales. Pero aquel triunfo fué también para él el principio de grandes amarguras. Hacía en él la defensa de los derechos del obrero, y especialmente la defensa del salario mínimo y del salario familiar, y aunque ya todo aquello ha pasado a la Encíclica *Rerum Novarum*, a la legislación de casi todos los países o al ideario general, entonces escandalizó y suscitó contra su autor clamores coléricos y encarnizadas persecuciones.



Espíritu rectilíneo y noblemente lógico, no creyó leal ocultar aquella verdad a los obreros, y desde la tribuna y desde la prensa la esparció en una siembra que llegó a todos los rincones de Bélgica. Con él colaboraron en aquel movimiento hombres ilustres, que después han sido ministros o han dado días de gloria a su patria, como Godofredo Kurth, Verhaegen, Hellepute, Carton de Wiart, Renkin y Carlo de Pouthiere. Y aquella tenacidad ardorosa exasperaba todavía más a sus adversarios.

«Venía a turbar—dice Devoghel—muchos viejos hábitos, a discutir situaciones conquistadas, a aniquilar muchos prejuicios y a molestar no pocos egoísmos. La incompreensión hizo el resto y contra aquello que se llamó el *Pottierismo* se formó una coalición de intereses que le hizo una oposición implacable».

Pottier se vió entre dos fuegos. Lo combatían ardorosamente los socialistas porque la Democracia cristiana ponía en peligro el monopolio que ejercían sobre la clase obrera; combatíanle con no menos ardor los conservadores católicos porque la Democracia cristiana ponía en peligro sus intransigencias, su estabilidad pétrea intelectual o sus privilegios.

Los hechos se repiten en la historia, y hoy está un poco España en la última decena del siglo pasado con relación a Bélgica.

En medio de aquel huracán de persecuciones, injurias y calumnias, Pottier tuvo grandes consuelos. En 1891 aparecía la Enciclica *Rerum Novarum*, que consagraba las reformas fundamentales demandadas en sus propagandas. León XIII encontraba justo y necesario lo que los católicos integristas y conservadores de Bélgica perseguían como revolucionario y herético. En 1894 los obreros católicos lo presentaban candidato a diputado, como un homenaje a su Maestro y apóstol. Se iniciaba así la decadencia política de los elementos retardatarios

del catolicismo belga. En 1899 Mgr. Doutréloux, obispo de Lieja, lo nombraba canónigo de la catedral, respondiendo así a las presiones que sobre el insigne Prelado se ejercían para que desautorizara y amordazara al gran tribuno de la Democracia cristiana.

«La Iglesia—decía entonces Godofredo Kurth—de la que sois hijo obediente y ministro sin tacha, se ha encargado ella misma de defender vuestro honor. Tranquila y paciente, según sus costumbres, ha dejado pasar la tormenta; luego un día os ha llamado a formar parte del Senado ilustre de la Catedral de Lieja».

Fueron para Pottier diez años épicos. En ellos de 1890 a 1900, preparó su obra, clásica ya, *De jure et justitia*, intensificando su enseñanza en la cátedra del Seminario y en los Círculos de estudios, gastó enorme cantidad de esfuerzo y de tiempo en hacer surgir los primeros cuadros de las organizaciones obreras, publicó *Le Bien du Peuple*, semanario que durante un año fué diario, colaboró en publicaciones numerosas y recorrió Bélgica en ardorosa cruzada. Hablaba casi todos los días y no pocos más de una vez.

«Su elocuencia—dice uno de sus biógrafos—era la de un tribuno, hecha de poderosa dialéctica, de imágenes impresionantes, de arrollante vigor, y todo servido por un formidable talento oratorio.... Acabada la demostración, abandonaba el tono profesoral y deducía las conclusiones prácticas, animándose, inquieto en la tribuna, con la mano izquierda en el bolsillo de la sotana y la derecha en el aire como tundiendo con ella las objeciones y desconcertando a su adversario. De cuando en cuando sonreía, contaba una anécdota, satirizaba a algún reaccionario obstinado o desbarataba un sofisma».

Pero al final de esos diez años cayó rendido de fatiga, gravemente enfermo. Tenía deshecha la garganta y heridos los pulmones. Los médicos lo desahuciaron y lo mandaron a un Sanatorio de



Leysin, en Suiza. Contra todas las esperanzas de los médicos, curó y se le recomendó pasar la convalecencia en un clima templado. Vivían en Roma sus condiscípulos de la Universidad Gregoriana, Monseñores Radini-Tedeschi, Tiberghien, Glorieux y Vanneufville que más de una vez le habían invitado a buscar la paz en Roma, y a Roma fué.

Su vida allí era más pacífica pero no menos profunda. Cuando Pío X hizo a Radini-Tedeschi arzobispo de Bérgamo, nombró a Pottier su sucesor en la cátedra de Sociología del Seminario Leonino, donde ha explicado durante once años. Cada año explicaba una materia, y las explicaciones de cada curso, litografiadas, forman tratados concienzudos sobre principios e instituciones, ricos en documentación escrupulosa y más aún en doctrina social, fruta en sazón, sugeridora, plena de luz.

Allí creó y dirigió Círculos de estudios sociales en la Congregación de San Luis, en el Secretariado obrero de la Federación Romana, en la Asociación de estudiantes universitarios, y recientemente en la escuela de propagandistas.

Allí orientó e intensificó la acción social femenina. Desde allí salió para dar sus sabias lecciones en las Semanas Sociales de Francia y de Italia, allí escribió folletos, dió conferencias, ejerció de consiliario de Obras y de Consejero privado de altísimas personalidades.

En estos últimos años se había decidido a escribir en fascículos el fruto de los estudios de toda su vida con el título de *La Moral Catholique et les questions sociales d'aujourd'hui*. Había publicado dos que es de esperar sean pronto traducidos en España, y la muerte nos ha privado de la obra más com-

pleta y más sólida sobre los problemas sociales contemporáneos.

Los Pontífices tuvieron para él manifestaciones paternales de afecto. Pío X le nombró catedrático de sociología de su Seminario, Camarero secreto, Canónigo de Santa María la Mayor y Prelado doméstico. Conocía la seguridad de su doctrina y lo nombró miembro del Consejo de Vigilancia contra el Modernismo. Por eso aparecía en Roma tan grotesca la rebusca de modernismo en las doctrinas de Pottier a que se entregaban aquí en España, azacanados y destemplados, algunos periodistas católicos a los que Arboleya, en un folleto famoso, les probó que no habían leído una letra del insigne sociólogo.

Fué Pottier uno de los que sugirieron a Benedicto XV la iniciativa de fundar la Universidad católica de Milán, y de él recibió pruebas de un singular afecto.

Y cuando el actual Pontífice conoció la enfermedad grave de Pottier se afligió como un padre, le envió la bendición y ya siguió con interés paternal la marcha de la enfermedad.

Ha muerto luchando. Herido ya de muerte, se empeñó en dar un curso de Sociología a los jóvenes romanos. A la undécima lección cayó para no levantarse más.

Su enfermedad ha sido larga y él la ha soportado no sólo con resignación cristiana, sino con alegría edificante. Ya no pudo volver a su amado retiro de Spa y durante varios meses ha estado postrado en cama en un Sanatorio de Roma.

El 24 de Noviembre último entregaba su alma a Dios.

SEVERINO AZNAR

De la R. A. de Ciencias Morales y Políticas  
y Catedrático de la Universidad Central.



Sobre la personalidad del gran Maestro belga

## TEXTOS SIN COMENTARIOS

Pottier se halla fuera del álveo por donde va la corriente de la tradición. — *Fabio*, en «El Siglo Futuro».

*L' Osservatore Romano*, refiriéndose a la última obra de Mons. Pottier:

«La obra, fruto de serias meditaciones y de largos estudios, hace rebrillar con nueva belleza la religión cristiana, la cual sin sacrificar nada de sus ideales es capaz de dar una solución completa y justa al problema social, no sólo en general, sino atendidas también las nuevas exigencias creadas por la guerra. Pottier, sutil, elegante y documentado, tiene todas las propiedades de un pensador profundo».

Severino Aznar en *El Debate*:

«Millares le han ganado en títulos y honores. El los rehuyó y prefirió la soledad de su biblioteca y el goce íntimo de sus libros y de sus meditaciones. Los que tenían los títulos y los honores le consultaban y le veneraban como a maestro.....

Millares han escrito más que él. Buscaba con ensañamiento lo perfecto, y esta tentación perfeccionista ha limitado la cantidad de su producción científica.....

Pensaba más que leía, y eso daba a sus ideas una frescura y una originalidad que suscitaba sorpresas, zozobras, cóleras y polémicas sin cuento. Pensaba lo que veinticinco o treinta años después comenzaban a pensar y a encontrar razonable e incontrovertible incluso la generalidad de los escritores sociales católicos».

El órgano de las grandes Confederaciones blancas de Italia, *Il Domani sociale*, lloraba así la muerte del Maestro:

«Nosotros sabemos como nadie que él era no sólo nuestro amigo amadísimo, complaciente y jovial, sino parti-

cularmente el seguro y fervoroso precursor de todo el movimiento social cristiano, y por eso el mejor guía para cuantos en este campo han deseado y quieren trabajar...

»No es ciertamente fácil resumir en pocas líneas su vida laboriosa. Desde sus primeras manifestaciones de apostolado organizador en Lieja, hasta sus luminosas lecciones explicadas a los jóvenes católicos de Roma, notamos por todas partes el ardor de este espíritu generoso, apostólico.

»Se puede afirmar que Mons. Pottier ha sido para nosotros, los italianos, el más eminente y fecundo realizador de los principios de la Sociología cristiana de que Toniolo había asentado insuperablemente las bases teóricas fundamentales».

Con el triste motivo de la muerte de Mons. Pottier decía por su parte el órgano oficioso del Vaticano, *L' Osservatore*:

«Sus libros, sus discursos y su actividad nos hablan de una inteligencia insigne, de un gran corazón abierto a las más iluminadas providencias sociales, de un espíritu completamente impregnado de aquellas palpitaciones de Democracia cristiana que apadrinó León XIII.»

Y más adelante:

«Es seguro que su muerte será muy llorada y que su figura será enaltecida en la memoria y en la gratitud como la de uno de los más eficaces fautores de la santa democracia de Cristo. A todos recomendamos su bella alma para que las plegarias de todos le alcancen la eterna recompensa; pero la encomendamos especialmente a los obreros, seguros de que Dios ha de escuchar gratamente las lágrimas piadosas y la suprema invocación de los que, en la maternidad universal de la Iglesia, constituyeron su familia querida, como es-



cucha los sufragios de un hijo por su padre».

*Le Courrier du Soir* de Verviers.

«Fué Pottier el hombre de la convicción ardiente, desinteresada; el hombre del apostolado de la verdad; en último análisis, el hombre de Dios y de las almas, es decir, el sacerdote en el más bello sentido de la palabra.»

La más alta personalidad de Bélgica, decía a Pottier después de la Guerra:

«Monseñor, hace 30 años se creía que usted quería ir demasiado deprisa; hoy nos preguntamos si ha ido bastante deprisa».

Severino Aznar en *El Debate*:

«Pocos han visto antes y mejor que Pottier la rica cantera de energías escondida en la Encíclica *Rerum Novarum*, y puede decirse que desde 1892 hasta hoy no ha sido otra cosa que un minero trabajando sin reposo sobre la rica veta de la Encíclica inmortal. Alrededor de ella ha girado toda su vida de pensador y toda su actividad de hombre de acción».

Del gran diario católico de Roma *Corriere d'Italia*:

«Se piensa en lo que sería Bélgica si los esfuerzos de Pottier iniciados allí hace más de 30 años no hubieran sido

retardados y combatidos tanto tiempo, si hubieran encontrado en todos los católicos la colaboración que esperaba y que los hubiera llevado al triunfo.

Si eso hubiera sucedido las masas obreras belgas se hubieran en gran parte salvado del naufragio socialista y la influencia de ese partido antireligioso, antisocial y antinacional no habría sido tan considerable. ¡Qué ventaja para el esplendor del catolicismo y para los intereses del país!

Y si no se ha perdido irremisiblemente todo, se debe principalmente al esfuerzo obstinado del sacerdote excelso que acaba de morir».

El célebre historiador y apologista cristiano, Godofredo Kurth, dijo en 1899, aludiendo a los ataques calumniosos contra Pottier, y profetizando lo que iba a ocurrir en España veinte años después:

«Hoy nos reimos de esos impotentes asaltos. Se parecían a los confetti que en Carnaval echan las máscaras a los transeuntes. Multicolores, inofensivos, efímeros como ellos *han caído en el lodo y sólo servirán para que los golfillos los recojan y vuelvan a utilizarlos.*»

JUAN DE SAHAGUN

Impresiones  
:personales:

## HABLANDO CON EL MAESTRO

De todos los viajes que llevo realizados por el extranjero, ninguno ha dejado en mi espíritu—y hasta en mi corazón—huellas tan profundas como el que hice por Italia, Suiza, Alemania, Bélgica y Francia meses antes de que Europa se hundiera en la inmensa locura de que aún no se ha curado. Durante esa excursión inolvidable tuve la dicha de hablar largamente, y en ocasiones más de una vez, con los hombres más grandes y representativos del, fuera de

España, gigantesco movimiento católico-social, desde el venerable Toniolo hasta el por tantos conceptos glorioso Cardenal Mercier.

Pero de todos los recuerdos de aquel viaje, con ser tantos y tan valiosos, ninguno vive tan fresco en mi memoria como el de mis largas entrevistas con el santo sacerdote Mons. Pottier, que acaba de entregar su alma a Dios en Roma, donde vivía desde los tiempos siempre inolvidables de León XIII, pero sin de-



jar nunca de ir, cuando le era posible, a pasar una temporada de verano en su pueblo, Spa, de Bélgica...

Me presenté a él en cuanto llegué a Roma, sirviéndome de introductor una tarjeta muy cariñosa de Toniolo, y desde el primer momento me cautivó por completo aquel anciano sacerdote, pulcro, fino, delicado, de formas exquisitamente aristocráticas, pero naturales, varoniles, sin el más insignificante asomo de afectación o afeminamiento. Todas esas filigranas de sus modales, de su expresión, de sus frases cinceladas, todo aquel «aristocratismo» subyugante, cuadraba perfectamente en el carácter recio, inflexible, esencialmente democrático del varón insigne.

Sin duda por hallarnos en Roma, nuestra conversación se inició y continuó en italiano, y era de admirar cómo la dulce lengua de Dante, en labios de aquel hombre tan aristocrático en todos sus modales, adquiría contextura férrea y matices de roca. Es que en la conversación amena y atractiva del ilustre sacerdote belga todo era sustancia y claridad y precisión, como en los aforismos o proverbios de todas las lenguas, que los siglos van forjando lentamente. En su conversación, como en sus escritos, por cierto nada numerosos, Pottier iba desgranando los pensamientos, como perlas; pensamientos claros, rotundos, perfectamente definidos y diáfanos, evidentemente fruto de muchas y muy largas y muy profundas meditaciones de un alma sutil y penetrante...

No había oído nunca ni he oído después a un sacerdote católico más «audaz» en sus conclusiones que aquel viejecito dulce y aristocrático; pero las «audacias» salían de sus labios tan naturalmente, impregnadas de un tal amor a la justicia y a los desheredados de la fortuna, que, en vez de asustar, conmovían de una manera extraña, haciendo que uno se considerara egoísta y cruel al permanecer casi insensible en pre-

sencia de tantas iniquidades como nos rodean...

Y además eran «audacias» que salían envueltas en un inefable ambiente de piedad, de amor de Dios y de celo por la salvación de esas pobres almas, que no por ser de plebeyos proletarios dejan de ser almas creadas para la eternidad y redimidas por la Sangre de Jesucristo; y resultaban unas audacias tan edificantes que parecían, más que atrevidas conclusiones de un espíritu clarividente, puntos de meditación en unos Ejercicios espirituales...

¡La gloria de Dios y la salvación de las almas! He ahí la «obsesión» de Pottier, la musa inspiradora de todas sus campañas, de todos sus escritos, de todas sus conversaciones. He dicho que jamás he oído a un sacerdote tan «audaz» en sus ideas; añadiré ahora que tampoco lo he encontrado tan piadoso, tan «rezumando» espiritualismo y «supernaturalismo», tan preocupado por las cosas santas, por los intereses de la Religión y de las almas.

«Procuremos en todo el triunfo de la justicia, me decía, que Dios quiere verla reinar en todas partes; defendamos los derechos de los pobres, para los cuales Cristo y su Iglesia han tenido siempre entrañas maternales; pero no nos contentemos con tan «poca cosa»; completemos nuestra obra redentora de sacerdotes cristianos haciendo ver a los pobres, a tantos millones de obreros vilmente engañados, que es únicamente el Cristianismo, que es sólo la Iglesia quien puede conducirlos al reinado de la justicia; que si ésta viene es traída por nosotros... Millones y millones de obreros y de empleados han vuelto las espaldas a Cristo porque les han hecho creer que nosotros somos sus enemigos. Convenzámoslos de lo contrario y los ganaremos para la Religión y para el cielo. La Acción social católica tiene tan altos fines: hacer que triunfe la justicia—gran virtud venida de Dios—y demostrar a los favorecidos por ese



triunfo que lo deben a la Iglesia de Cristo...»

\* \* \*

Volví después muchas veces al modesto piso de la «Vía del Sudario» y asistí a su clase del Seminario Leonino y creo que en honor mío dedicó una de sus maravillosas lecciones a defender, con bríos de juventud y acentos de convicción sincera y profunda, la «confesionalidad» de las Obras sociales; pero empleó buena parte del tiempo en hacernos reír a costa de los que «antiguamente»—¿antiguamente, Maestro?—confundían la confesionalidad impuesta por Pío X... y por León XIII y por el sentido común, con lo de «llamarse» católico, o con lo de exigir que todos los miembros de la asociación sean «católicos prácticos» o con lo de asignar a esas Obras sociales un fin puramente religioso, el perfeccionamiento espiritual de los socios... A esto debe llegarse, a ello debemos aspirar, pero «en su día y a su tiempo». Yo también me reí; años más tarde acaso no me riera...

El mencionado Pontífice, Pío X, nombró a Pottier canónigo de Santa María la Mayor y le encargó de explicar cuestiones sociales en el Seminario Leonino; y el Cardenal Vives, que a su competencia teológica unía un espíritu particularmente intransigente con todo «modernismo», era un sincero admirador de Mons. Pottier, al que solía consultar en todo lo relativo a cuestiones sociales. Item más, se hallaba entonces el venerable sacerdote belga al frente de las «Uniones profesionales» de ambos sexos, que él había fundado y que en poco tiempo cosecharon triunfos resonantes... Baste citar uno: el Sindicato de señoritas telefonistas consiguió una ley que en gran manera las protegía, y el Reglamento para la aplicación de esa ley ¡fué redactado por el mismo Pottier, a requerimientos amistosos del ministro!

Estaban aún muy lejos, muy lejos los años siguientes a la Guerra, y en el go-

bierno italiano no privaban precisamente los católicos; esto explica bien el misterio y la juvenil satisfacción con que el anciano Maestro me leyó, en una noche inolvidable de invierno, el primer borrador del Reglamento, redactado en francés, lengua nativa del autor, para mejor precisar los conceptos... La catástrofe europea cambió la faz de todas las cosas, y cuando el año pasado volví a Roma encontré a mi venerable amigo alejado de sus «Uniones profesionales» que se habían convertido en la gran «Confederación blanca», base del Partido Popular, entonces en el gobierno; pero siempre el mismo en cuanto a sus ideales y a sus ilusiones...

En ese largo intervalo de ocho años, que la Guerra convirtió en centuria, habían pasado tantas cosas... Y entre ellas la al parecer insignificante y naturalísima de la publicación en los periódicos españoles de una carta de Pottier a Severino Aznar, presidente del Grupo de la Democracia Cristiana, felicitándonos por la creación de esta Entidad y depositando en ella las mismas esperanzas que había depositado el Cardenal Guisasola. Publicose esa carta, perfectamente discreta e inofensiva, cuando ya había comenzado aquí una campaña cuyos orígenes, cuyo nacimiento y cuyos fines conocemos y conocerá algún día, no sin espanto, España entera; y con este motivo tuvimos el dolor grande y profundo de ver al anciano sacerdote injuriado calumniado, vilipendiado, tratado como un cristiano no puede lícitamente tratar al ser más despreciable...

Concedor de los orígenes, de los móviles, de los fines y de los propulsores de aquella campaña absurda, el inolvidable Cardenal Guisasola nos impidió defendernos y defender a Pottier; los tiros, aunque dirigidos a nosotros y al Maestro belga, iban a él, y él quiso gallardamente encargarse de dar a los calumniadores la merecida respuesta. Pero la «intrusa» vino inopinadamente a frustrar el noble intento, y, fallecido el



Cardenal Guisasola, se cotizó muy alto, como signo de legítima derrota, nuestro heroico silencio, y quedamos indefensos nosotros y tuvimos que pasar por el trance amargo de ver indefenso a Pottier...

Los que hayan atravesado alguna vez el ambiente fétido de la calumnia podrán, y sólo ellos, darse cuenta de lo que han sido para nosotros—para treinta escritores católicos, y entre ellos los más insignes y beneméritos de la España contemporánea—aquellos largos meses negros, en que nos vimos sin defensor y sin poder defendernos nosotros, porque para unos había pasado a la categoría de cosa juzgada nuestra heterodoxia, y para otros era necesario esperar a que hablara Roma, a donde había ido la denuncia firmada por un diputado—denunciante de alquiler...

Y entre tanto, por toda España corría, como último capítulo del Evangelio, la noticia de que el Grupo de la Democracia Cristiana había sido condenado en Roma por seguir las «erróneas» doctrinas de Mons. Pottier, y hasta no faltó quien apuntara—y esto ocurrió en varias provincias a la vez—que el Cardenal había muerto víctima del disgusto que esa supuesta condenación le causara...

\*\*\*

La denuncia incalificable del diputado de alquiler tuvo en Roma la contestación que era de esperar discurriendo en cristiano, pero los que sembraran por todas partes la calumnia de la condenación se libraron muy bien de dar la misma publicidad a su fracaso; y como nosotros seguimos callando y aquí apenas se conocía a Pottier más que por los escritos plebeyos de sus difamadores, el santo y venerable sacerdote belga, llevado a Roma por un Papa y cubierto de honores y de pruebas de confianza por varios Pontífices, vino a ser en España algo así como un clérigo endiablado, por seguir al cual se habían hundido en los abismos de la herejía los escrito-

res del Grupo de la Democracia Cristiana..

Así las cosas, yo creí que nosotros podíamos resignarnos a soportar el estigma odioso, pero que no teníamos derecho a permitir que ese estigma alcanzara, y por culpa nuestra, por haber publicado su carta, al santo y querido Prelado belga, a quien yo conocía tan de cerca y cuyas virtudes excelsas había podido admirar y comprobar, así como su prestigio enorme allí donde se hila tan delgado y sólo descuellan los gigantes... De esta consideración ha brotado el estudio que publiqué en «Ciencia Tomista» y que el Grupo de la Democracia Cristiana divulgó en un folleto titulado «Los «errores» de Mons. Pottier»...

¿Se quiere un dato—sólo un dato de los que puedo citar cien—demostrativo de lo que fué aquella campaña que tantos y tantos dieron por buena y definitiva? Allá va: se combate fieramente a Pottier por una frase estampada en un artículo anónimo de hace treinta años, que será o no del sacerdote belga, pero que *no está firmado por él*; y resulta que se trata de un texto copiado de un sermón del Obispo Ketteler, el cual tampoco habla por cuenta propia, sino que toma la tal frase de la Encíclica «Rerum Novarum» de León XIII, y por cierto que el gran Pontífice nos advierte que la frase es de Santo Tomás...

Otro aspecto del mismo dato, y esto ocurre con todos los demás que cito en el estudio mencionado: el ataque feroz a Pottier por esa frase, cuya historia queda apuntada, lo encontró el periodista de la campaña—periodista alquilerado también—en unos sermones predicados por el P. Aicardo a las piadosas damas sevillanas del Apostolado de la Oración; pero el P. Aicardo a su vez se «documentó» en un libro del escritor francés Barbier, y da la casualidad de que ese libro, como otros del mismo autor, estaba en el Índice cuando se escribieron aquellos Sermones...



Mejor será que el lector siga adelante y no se entretenga en sacar consecuencias.—Cuando volví últimamente a Roma, el buen viejo no sabía qué hacer conmigo y no se cansaba de demostrarme su profundo agradecimiento por haber vindicado su buen nombre de sacerdote y de cristiano. Si yo hubiese necesitado una prueba aplastante de la adhesión absoluta, incondicional, con toda el alma, a las enseñanzas de la Iglesia y al Magisterio infalible del Romano Pontífice, por parte del benemérito y anciano sacerdote, me hubiera bastado la

satisfacción infinita, la alegría inefable que le salía por todas partes al verse libre del sambenito con que le disfrazaban los que le tenían por «comunista, socialista, modernista, opuesto a las enseñanzas pontificias» etc. etc...

Realmente era bien triste verse al borde de la tumba y tratado de ese modo tras de una larga vida totalmente dedicada a luchar por el reino de Dios y la salvación de las almas—única preocupación del santo Prelado...

M. ARBOLEYA MARTÍNEZ

Recordando  
:: a Pottier ::

## EL MEJOR HOMENAJE

Ha sido Pottier de los autores que producen poco; pero ese poco sólido, macizo, duradero... Ha sido un debelador implacable del individualismo revolucionario, que se disfraza frecuentemente con el nombre de «espíritu conservador»; un obrero esclarecido de la restauración en las conciencias de la visión católica del hombre y de la vida... Ha sido un corazón de apóstol, y esto no sólo cuando trabajaba sobre la arena candente de la acción, sino cuando enseñaba y escribía, porque su obra es una lección viviente de fidelidad a la espléndida tradición católica, y a la vez de sentido de la realidad, de espíritu acogedor y hospitalario para las verdades extraviadas en los caminos del error, para las inevitables mudanzas en el orden económico y social... Ha sido, en fin, como lo advertía Severino Aznar en su vibrante artículo de *La Lectura Dominical*, para los hombres de la Democracia Cristiana en España como un tutor y un guía. Deber es, pues, de

todos nosotros, aún de los más oscuros, sumarse a este modesto y sentido homenaje al maestro que acaba de dejarnos.

Pero no es solamente con palabras de loa, aunque ésta sea tan merecida como en el presente caso, como debemos pagar esa deuda: honremos la memoria de Pottier de la manera como él hubiera querido verla honrada. Aparte de la oración, que es en estas circunstancias el más elemental deber del cristiano, podemos honrarla dignamente esforzándonos por promover en torno nuestro la cultura social católica: el estudio de la moral de Cristo, de sus principios jurídicos (hay un derecho cristiano, un derecho que responde a la concepción cristiana del individuo y de la sociedad), de la Historia de la Iglesia y de su arte y su liturgia, indispensable para la magna obra de la formación social de las conciencias que es a la vez el origen y el fin de la acción social. Por haber mirado antes que a ese ideal



a sus realizaciones prácticas y concretas, por no haber procurado sobre todo mediante obras de todo género la penetración y difusión de la cultura social católica, languidece precisamente la acción social católica en España. Si queremos activarla y desenvolverla es preciso que estudiemos, es preciso que

reflexionemos sobre los libros y sobre la realidad. Y la obra de Pottier, lo que de sus enseñanzas y sus meditaciones nos queda, tan sólidamente científico, puede contribuir eficazmente a proporcionarnos la orientación que necesitamos.

JUAN DE HINOJOSA.

El Sindicalismo católico según Mons. Pottier

## LINEAS DIRECTIVAS

El más grato homenaje que puede rendirse a un pensador es el de difundir sus doctrinas. Monseñor Pottier, este gran maestro que acaba de morir, terminaba una de sus últimas obras excitando ardientemente a los hombres selectos para que, una vez convencidos de la certeza de las doctrinas a que consagró su fecunda vida, se dedicasen a propagarlas con inteligencia, energía y confianza.

La deuda de nuestro Grupo de la Democracia cristiana con el insigne sociólogo belga no quedará saldada hasta que no circule profusamente por manos españolas una versión castellana de sus obras.

Mientras llega ese día y puestos en el caso de glosar alguna de sus enseñanzas, ¿cual podríamos elegir de mayor importancia y actualidad que las esparcidas en sus escritos sobre las directrices fundamentales del sindicalismo católico?

El sindicalismo católico español tiene hoy oportunidades quizás únicas para conquistar las masas obreras. Ha bastado que un Gobierno fuerte recogiera del suelo el prestigio de la autoridad, para que la gran ficción del sindicalismo revolucionario, que había coaccionado los cuerpos pero no las almas, se deshaga y desaparezca, sin dejar otra obra útil que el desprestigio de sus rivales socialistas como consecuencia de la acerba crítica de que los hicieron objeto. Los Sindicatos libres, nacidos de una reacción, ayunos de bases doctrinales para orientar su conducta, están destinados al fracaso en un plazo próximo si no ponen término a sus vacilaciones, rectificando su táctica y adoptando los principios de la moral católica. Una vez unidos, sin otro enemigo que el de los sindicatos socialistas, estacionados hace años. ¿quién puede dudar del triunfo seguro de los sindicatos católicos si saben seguir sin variaciones el camino que marcó el inmortal Pontífice León XIII?

\* \* \*

Si en los últimos años la Iglesia se ha ocupado de fijar normas de acción social, es porque la variación de los tiempos hacía necesario aplicar los principios inmutables de la moral cristiana a circunstancias y movimientos que antes no existían, y muy especialmente a la llamada «cuestión obrera», que se caracteriza por una aspiración incoercible de los rangos inferiores de la Sociedad, que no tienen otros medios de vida que su trabajo personal, para mejorar las condiciones de su existencia. Esta mejora supone la cesación de las injusticias de que hoy son víctimas, la elevación de sus condiciones de vida y la constitución de organizaciones autónomas para definir, defender y desarrollar sus intereses económicos y políticos.

La aspiración emancipadora del «cuarto estado», de las clases trabajadoras, es perfectamente lícita y no solamente lícita, sino que, una vez satisfecha, constituirá el gran progreso social de nuestra época. Así como no es condenable, sino laudable, que los hijos lleguen a emanciparse de sus padres, y que los esclavos y los siervos se redimieran de su yugo y de su servidumbre, la autonomía del cuarto estado es en sí misma un gran bien a la consecución del cual deben ayudar las clases superiores por imponerlo así la Caridad.

El medio principal y casi único para alcanzar esa autonomía es la unión de los trabajadores, que les proporciona la libertad, la fuerza y un medio eficaz de perfeccionamiento. En el terreno del trabajo, el derecho a la libertad en la contratación está garantizado a los patronos por sus riquezas y reservas; no puede tener para los obreros otra garantía que su unión en sindicatos.

El sindicato puede definirse como una asociación que tiene por fin la protección de sus intereses profesionales, entre personas que ejercen la misma profesión o profesiones



similares o profesiones convergentes al mismo producto.

Los sindicatos pueden ser de dos clases: puros (siguiendo la designación más general en España) y mixtos, según patronos y obreros estén organizados en grupos distintos y autónomos o se hallen confusamente mezclados. Tocamos aquí uno de los asertos más discutidos entre los que contienen las obras de Pottier.

Para nuestro autor, con el cual coincide unánimemente el parecer del Grupo español, verdaderos Sindicatos mixtos, en los cuales obreros y patronos estuvieran en un pie de igualdad, no han existido nunca, porque en la realidad, el estado de opinión de obreros y de patronos impide esa igualdad. Las tentativas hechas en Bélgica y en el Norte de Francia han fracasado por completo, puesto que no atrajeron más que la parte menos independiente, a menudo la menos inteligente y, siempre, la menos numerosa de la clase obrera y, en muchos casos, fueron establecidos por patronos opuestos a la libre discusión entre ambas partes de las estipulaciones del contrato del trabajo.

La evidencia de que el sindicato mixto es ineficaz resulta para Pottier de la misma experiencia, hasta el punto de que, mientras nosotros hemos debido sostener polémicas extensas y largas sobre ese punto, él no lo trata más que de pasada, incidentalmente.

Como toda asociación, el sindicato se caracteriza por su fin. No basta que todos los que lo componen sean obreros, para que la asociación formada constituya un sindicato. El fin de los sindicatos es la protección de los intereses profesionales. Ese ha de ser su fin último y principal, el que lo caracteriza. Si el fin principal es político o religioso o económico (en cuanto distinto de lo profesional), no es tal sindicato.

¿Quiere decir esto que el sindicato haya de ser neutro? De ninguna manera. Oigamos a Monseñor Pottier: «Una cosa es que el sindicato tenga, como fin principal, un fin religioso, y otra que pida a la moral católica... los principios que rigen el interés profesional. Para fijar concretamente el interés profesional así como los medios que deben emplearse para hacerlo triunfar, todo el mundo, los socialistas y los partidarios del liberalismo económico lo mismo que los católicos, se ven obligados a recurrir a principios de orden filosófico y moral.» Por consecuencia, «los sindicatos profesionales deben ser confesionales en el sentido de que deben admitir las leyes de la moral... social católica como regla de sus intereses de clase, ni más ni menos que todas las demás sociedades... cuyo objeto es temporal y natural.»

\* \* \*

Si del fin pasamos a los fines y del objeto general a los concretos y particulares, el espacio de que disponemos habría de multiplicarse para que pudiésemos dar una idea suficientemente clara del pensamiento del ilustre sacerdote. Interesante, sin embargo, será detenernos en algunos de los conceptos más discutidos.

El comercio, los seguros sociales, la intervención en política, ¿son fines lícitos a los sindicatos?

Anotado queda que no es lo mismo interés profesional que interés económico: éste es el género, aquél la especie. El interés económico consiste en cosas materiales, evaluables en cifras, y no limitadas a una profesión determinada. Intereses económicos son el ahorro, el seguro contra diversos riesgos comunes a todos los hombres, el lucro. Sin embargo, cuando en la realidad alguno de esos intereses económicos sufre de modo notable el influjo de las condiciones profesionales, puede constituir una finalidad sindical. Tal ocurre con los seguros sociales o, cuando menos, con alguno de ellos (paro, accidentes, enfermedad) y eso sucede, también, con el interés comercial resultante de la venta de un producto determinado respecto del oficio o profesión que fabrica dicho producto, por lo cual pueden constituir uno y otros finalidades de los sindicatos.

Más difícil es la respuesta en lo que toca al fin político. Que el interés profesional y el político son cosas distintas, no ofrece duda. Es más, para Pottier la idea de un régimen político sobre base corporativa, tan generalizada entre muchos católicos, es fundamentalmente erróneo. A su juicio, los intereses de clase deben estar representados al lado de los políticos, pero sin sustituirlos y solamente con un carácter consultivo, si bien obligatorio en los asuntos de clase o profesión. Sin embargo, cuando estos cuerpos representativos no existen, y mientras se constituyen, es preciso acudir al principio del mal menor. El ideal sería que estuvieran los sindicatos completamente apartados de las luchas políticas; la realidad puede, no obstante, aconsejar una cierta intervención en política, tanto para contrarrestar la propaganda socialista como para impulsar las reformas sociales a que aspiran.

Deben los sindicatos, según hemos dicho, ser confesionales, ¿Podría admitir en su seno obreros que no profesen abiertamente la fe católica? Recomienda aquí Pottier un criterio amplio y tolerante: 1.º porque, quiérase o no, si solamente fueran admitidos aquellos obreros, el sindicato pasaría, ante las masas obreras, por ser una especie de cofradía con apariencias profesionales: 2.º porque, según queda dicho, el objeto del sindicato profesional son los intereses de clase,



comunes a todos los miembros de la misma y no los intereses específicamente católicos; y 5.º porque un obrero que no es sectario, que repudia el socialismo y que no quiere ligarse más que a la prosecución de los intereses profesionales, debe ser acogido con los brazos abiertos, puesto que cabe afirmar que, en la práctica, un obrero antisocialista encontrará su verdadero camino en el sindicato cristiano.

La libertad de elección entre los sindicatos es, para nuestro autor, una cuestión de conciencia. Teniendo frases durísimas para las pretensiones monopolizadoras y la persecución de que hacen objeto a sus rivales las organizaciones socialistas, aplica Pottier el mismo criterio a los católicos y considera reprehensible toda persecución contra los que no figuren en sus filas o toda coacción para lograr que ingresen en el sindicato. Los casos concretos, tan difíciles y varios, han sido estudiados y solucionados por él con admirable ecuanimidad. Tal vez influye esa misma idea en su voto contrario a la sindicación obligatoria.

\* \* \*

Los sindicatos así constituidos, basados en la moral católica, sustituyen el principio de la lucha de clases por el de la colaboración y la inteligencia de las clases sobre la base de la justicia. Pero cuando la justicia es atropellada, no se sigue que hayan de resignarse a la injusticia. Eso sería una estupidez. Por el contrario, la moral católica manda que se empleen todos los medios más eficaces, incluso la huelga, para repararla. Solamente que la huelga es aquí nada más que un último medio, cuya justificación exige: la gravedad de la causa que la provoque, la justicia de esa misma causa, que sea la huelga el único medio de hacerla triunfar y que, racionalmente, pueda preverse con gran probabilidad, un resultado favorable. Y aún así, las huelgas de los servicios públicos no son fáciles. Y es una de las doctrinas más primorosamente expuestas la que hace relación al

empleo de la huelga por los sindicatos católicos.

Los sindicatos así constituidos, han de relacionarse con la autoridad religiosa, con la temporal, con los otros sindicatos, afines o contrarios.

Respecto de la autoridad religiosa, los sindicatos obreros están en el mismo caso que las demás asociaciones de fines naturales y temporales, todas las cuales deben gobernar el interés objeto de su actividad según las reglas de la moral natural que, de hecho, es la moral social católica. Ninguna obligación, por tanto, de adjuntarse un consejero eclesiástico. Sin embargo, la generalización de los errores socialistas hace prudente para nuestros sindicatos, en este momento histórico, disponer de un consejero moral que forme parte de los comités directivos y dé su opinión cuando hayan de resolverse casos de moral. Estos consiliarios, si tienen la formación requerida, prestarán a los sindicatos servicios inestimables.

Respecto a los Poderes públicos, más son los deberes que éstos tienen respecto a los sindicatos, que los contrarios. El Estado debe, pues, reconocer y proteger los sindicatos.

Finalmente, los sindicatos profesionales pueden y deben buscar la unión con los del mismo oficio y carácter y sus federaciones, asociarse con las de otras profesiones, y todos, buscar la inteligencia y acción común con los de otros países. Respecto de las organizaciones rivales, principalmente las socialistas, va de suyo que la lucha será precisa, lo cual no impide la inteligencia en casos concretos sobre extremos puramente profesionales ni puede justificar la infracción de las normas morales sobre las que está finamente bordada toda la doctrina cierta y clara que prodigó durante su vida el gran cerebro y el gran corazón de Mons. Antonio Pottier.

LUIS JORDANA DE POZAS

Catedrático de la Universidad de Valencia

## La característica de : Monseñor Pottier : El valor de las convicciones

«Fué de los consagrados a aplicar los principios sociales del catolicismo a los problemas contemporáneos, estudiados con plena sinceridad y con una santa independencia de pandillismos o ignorancias reaccionarias».

Esto, que él dijo de nuestro inolvidable Cardenal Guisasola, es para mí lo

más atrayente de la noble figura del gran maestro por quien vestirá mucho tiempo luto la ciencia social católica.

Por ese temple espiritual, que resplandecía en sus escritos y en sus actos, sentí por él profunda veneración, y su muerte ha dejado estela de pena en mi



alma. Sabios, aunque no de su talla, hay muchos; hombres de su temple, escasean.

Sin más freno que el de las orientaciones que marca la brújula de la Fé, su pensamiento no se detuvo en doctrinarismos, y, verdaderamente magestuoso, llegó por el impulso de una lógica no traicionada a conclusiones en que brilla el sentido cristiano de la vida y que son condenación de lo muchísimo pagano que el ambiente materialista de la época moderna ha hecho retoñar y pretende hacer pasar por intangible.

Me enamora de Monseñor Pottier la valentía con que proclama, poniendo el marchamo de su asombroso talento, de su ciencia extraordinaria y de su acrisolada fé, la verdad social que fluye del Evangelio y que es no mas que aplicación de la Moral católica.

No es para decir con voces estentóreas o para repetir cien veces por escrito que es uno católico para lo que hace falta valor en estos tiempos, sino para defender esas verdades sociales que tantos y tantos intereses lastiman.

Y es, cabalmente, por falta de este valor por lo que no se conoce la doctrina social católica, porque hay mucho miedo a proclamarla y a difundirla, y más a practicarla. Y así el pobre pueblo oyendo sólo a los que le muestran una verdad a medias, llega a pensar que la Iglesia tiene hecha alianza con el capitalismo expoliador y que en su seno no hay posible remedio para los males de esta vida. Y así espíritus ávidos de verdad, y que sienten el acicate de sus corazones generosos, navegan sin rumbo, desorientados por aquellas timideces o complicidades que hacen caer en el descrédito la doctrina que, en su pureza, es

la única que puede satisfacer las nobles ansias de la inteligencia y del corazón del hombre bueno.

Los limpios de esas complicidades, los que no conocieron ese miedo corruptor, son sin duda los que están más cerca de Aquel que sublimó el valor predicando siempre la verdad toda entera y complaciéndose en predicarla a los poderosos de la tierra.

De esos hombres soy devoto, con la devoción que me inspiran la sabiduría y la santidad. Ante los hombres de ese temple espiritual, ante esos héroes del pensamiento, me rindo conmovido.

Uno de esos sabios-héroes es, a mi juicio, Monseñor Pottier.

«El que tuviere talento cuide de no callar» Esta debió ser obsesión y norma de su vida.

Si lo fuese de todos los que disfrutan de aquel don por la misericordia de Dios, otra sería la suerte de la Religión y la situación del pueblo.

Recemos por el héroe y por el sabio y aprovechemos sus enseñanzas y su ejemplo.

LEÓN LEAL RAMOS

Del Instituto Nacional de Previsión

En honor de Mons. Pottier **Mi cuartilla**

Uno mi humilde voto a los muchos y autorizados que seguramente pedirán que se haga una traducción al español de las obras del insigne maestro Mgr. Pottier. Sobre todo de *La Morale Catholique et les Questions Sociales d' Aujourd' hui* debiera tirarse una edición popular castellana porque su lectura arrancaríá de raíz gran parte de los prejuicios y errores



que, en materia de doctrina social, abundan en nuestra patria aun entre personas de indudable cultura teológica, filosófica y moral.

En efecto; causa pena y bochorno el oír a muchísimas personas, instruidas en otras materias, calificar de absurdos, peligrosos y aún heréticos, ciertos principios y proposiciones netamente ortodoxos en moral social. Con este proceder es incalculable el daño que han producido y están produciendo en el campo de nuestra acción social católica. Y lo peor es que no se vislumbra el remedio eficaz que cure esa incultura sociológica tan arraigada y extensa.

Pensando en este lamentable estado de ignorancia, se me ha ocurrido que quizá Mgr. Pottier sea el hombre providencial, el escritor afortunado

que, con sus luminosos y contundentes razonamientos, logre disipar esos inveterados prejuicios contra la verdadera y salvadora doctrina social católica, porque tengo el convencimiento de que es imposible leerlo sin asentir a la tesis que defiende.

Mgr. Pottier, además de una inteligencia excepcional y cultivadísima, poseía una dialéctica formidable y tendrá tantos discípulos como lectores.

La traducción, por la que abogo, ha de hacerse fiel y primorosamente, y debe ir precedida de una biografía del venerado Maestro

P. GERARDO GIL  
*Agustino*

Escorial, Diciembre, 1923.

: Enseñanzas de  
Monseñor Pottier

## Los Sindicatos y la Política

Una de las características de la esclarecida mentalidad de Monseñor Pottier es su tendencia a derivar las conclusiones sociológicas—hablo, naturalmente, de la sociología práctica o «normativa»—como otras tantas aplicaciones de los grandes principios de la Moral cristiana a la compleja realidad de los tiempos presentes. Claro está que, tratándose de materia más estimativa que mensurable, dicha aplicación no puede ser rigurosamente matemática; pero así y todo, esta manera de enfocar los problemas sociales ha de tener forzosamente inmensa ventaja de orientación en el planteamiento y de solidez en la solución sobre la versatilidad propia de actitudes ayunas de todo criterio fundamental.

La tendencia a que me refiero se advierte incluso en el título de algunas de sus obras, y máxime de los folletos que recientemente ha publicado bajo el rótulo *La Morale Catholique et les Questions sociales d'aujourd'hui* y en los que aborda, con la maestría que le es peculiar, una serie de pro-

blemas candentes en orden a los fueros del trabajo en la vida económica moderna. En el segundo de dichos folletos dedica un capítulo al tema *Los Sindicatos y la Política* que voy a exponer y comentar brevemente como contribución modesta pero cordial al homenaje que al preclaro maestro belga ofrecen sus admiradores españoles.

El tema, como ven mis lectores, no puede ser de más actualidad, sobre todo en nuestro país que, anticipándose quizás a otros en este movimiento, forcejea por hallar un instrumento político más adecuado que los antiguos (¡con ser aún tan recientes!) a las profundas exigencias de su realidad social.

Es sabido la doble fisonomía que toda sociedad integralmente considerada ofrece a los ojos del concienzudo espectador: por una parte, se le aparece como una *unidad territorial o étnica*, conjunto de personas que habitan el mismo país ligadas por vínculos de cierta consanguinidad y uniformidad psicofisiológica; por otra parte, esta masa relativamente uniforme se muestra interiormente



dividida en *sectores funcionales o profesionales* correspondientes a los grados de especialización del trabajo humano o a las categorías constitutivas de la jerarquía social.

Pues bien, es indudable que el régimen representativo de las Constituciones modernas, con no haber omitido totalmente la consideración de este segundo aspecto de la vida social,—recuérdese, v. gr., el carácter representativo de una parte, siquiera sea la menor, del Senado o «Alta Cámara»—ha acentuado incomparablemente más la colaboración en el Poder público del elemento étnico y territorial, fiel quizás al prejuicio filosófico que supone a la autoridad simple depositaria de las voluntades individuales yuxtapuestas o fundidas en el crisol de hipotético «Contrato». Ante los males naturalmente consiguientes a semejante estructuración atómica del Poder político, tan distanciada de la realidad orgánica social, se reacciona ahora en un sentido y con una violencia que a veces hace pensar si se pretenderá llegar al extremo opuesto, de absorber la personalidad numérica e individual humana en los moldes polimorfos de un funcionalismo colectivo.

La posición de Monseñor Pottier ante tan divergentes tendencias no deja de tener su originalidad y hasta cierta garantía de acierto en su sensata solidez de «término medio».

El sociólogo belga condena francamente, en el capítulo mencionado, la participación de las «clases sociales» a título de factores integrantes del Poder político. Estima que la función de este Poder es exclusivamente el *interés general*, y que la representación de las clases no podría aportar a la política más que el eco y la presión de egoismos colectivos sí, pero egoismos al cabo. Ahora bien, para Pottier el orden político no es ni mucho menos un equilibrio de egoismos encontrados, sino un sentido de altruismo universal en el que cada clase, como cada individuo, se halle dispuesta a renunciar a su interés peculiar en nombre del interés general. Los intereses de clase, por lo tanto, son muy dignos de respeto y de ponderación en la balanza del Poder público, pero es únicamente *en función del interés general*.

Yo me permitiría, no obstante, desear una

mayor aclaración de este concepto un tanto vago y flotante de *interés general*. Interés general es, ante todo, el representado por el conjunto de bienes, o por un bien específico, no sólo comunes a una Nación—que al fin y al cabo tiene también su «particularidad» susceptible de mezquinos egoismos—sino de la Humanidad entera, tal como v. gr. la conjuración de mortífera epidemia. Interés general es asimismo para una Nación—aunque sea particular para la Humanidad—el común a todos sus ciudadanos, o para una región o una localidad el que afecta a la totalidad de sus habitantes, fracción no obstante de una totalidad superior. Por último, no deja de ser de interés general el particular de cada ciudadano cuando sumado al de sus semejantes integra por yuxtaposición una generalidad. ¿Qué más grandioso, desde el punto de vista del «interés general», que la súbita interrupción del tráfico de una gran calle de Londres por el gesto imperioso de un *policeman*, para dejar paso libre al que se ha llamado con toda propiedad *Su Majestad el Niño*? Es que el niño en cuestión no es en tal caso un *fulanito* cualquiera, sino un niño-símbolo, verdaderamente representativo de una categoría indefinida de simpáticos colegas, capaces de encontrarse en su propio caso. De esta manera el interés general se particulariza al aplicarse a cada individuo, así como el interés particular se halla generalizado por la simple repetición. Y estas transiciones e interferencias que se advierten entre las unidades territoriales o étnicas de la humana Comunidad, ¿por qué no habrían de existir entre las unidades funcionales de su jerarquía social?

Prosigamos. Monseñor Pottier no admite, como vemos, que las clases o profesiones sociales puedan integrar por sus propios representantes el órgano autoritario del Poder público. Un órgano así constituido no podría juzgar de los intereses comunes sino con la parcialidad aneja al favoritismo de los propios, persecución de los adversos, o una neutralidad que sería simplemente el punto de equilibrio de la común rivalidad. Y el ideal sería, sí, una neutralidad, pero elevada sobre los intereses de clase, sin dejar de tenerlos en cuenta, y colocada en el plano del interés



general. A crear la conciencia de este interés general podrían contribuir eficazmente Corporaciones representativas de los intereses parciales, pero sólo a título de consulta, de iniciativa o de fiscalización; por encima de dichas Corporaciones habría de hallarse el Poder público, único depositario de la autoridad decisiva, sin más títulos que su competencia y su probidad.

Y ¿quién designará a los depositarios del Poder, con máximas garantías de tan eximias cualidades? «Bajo el imperio de las modernas Constituciones basadas en el sufragio universal—nos dice Monseñor Pottier—no puede ser nadie más que la opinión pública. Sin duda puede llegar a engañarse, puede ser extraviada por una Prensa que no se inspire precisamente en el bien general del país; sin embargo, los hombres eminentes a quienes sus obras revelan y ponen de manifiesto acaban a menudo por imponerse a la atención y conciliar en torno de su nombre los

sufragios de sus conciudadanos. Los partidos políticos disciplinados sirven generalmente para ponerlos de relieve.»

Se vé claramente que Monseñor Pottier no participa, en orden a la democracia aún política, de esa extrema desconfianza, cuando no violenta hostilidad, que se manifiesta actualmente en los movimientos de reacción de diversos países. Queda, sin embargo, subsistente el problema capital: de aquellas dos fisonomías, la étnica y la orgánica, que al principio de este artículo vislumbrábamos en toda humana sociedad, ¿cuál habrá de prevalecer en su constitución política? ¿Se habrá de cotizar el interés de clase a través del de Nación (nacionalismo) o estimar el bien de la Nación a través del de sus clases (sindicalismo)? ¿Cabe esperar una fórmula política por la que el mapa topográfico y el mapa profesional de un país refundan sus respectivas monocromías en la unidad armónica de un *interés* verdaderamente *general*?

JUAN ZARAGÜETA

*De la R. A. de Ciencias M. y Políticas*

## Después de la muerte de Pottier **Hombres - Faros**

Monseñor Pottier ha muerto. Otro apóstol de la Iglesia Católica consagrado al bien de los humildes y a procurar remedios y paz a la Sociedad.

Al reunir en solo un pensamiento la Iglesia los humildes y la sociedad, hermánanse los factores cuya compenetración es la clave de resolución de los problemas sociales actuales y venideros. Y al hacerlo, el corazón del hombre se eleva anhelante y anorado se prosterna ante la providencia de Dios. Creó la sociedad y la dictó leyes para su conservación y perfeccionamiento, congruentes con su fin último, mas el propio hombre tuerce insensato el curso del camino trazado por la divina mano y el Hijo de Dios restaura el orden quebrantado y predica el Evangelio, Código social por excelencia.

Gracias a él, al decurso de pueblos y pueblos amamantados en el error que engendraban su propia muerte, sigue el pueblo cristiano, infuso de

verdad y que puede escalar la inmortalidad. Para ello, además de la Revelación y de la Iglesia, fuente perenne y manantial ubérrimo de verdades y de soluciones sociales, suscita el Señor hombres cuyas doctrinas sean faros que proyecten ondas de luz sobre las directrices seguras de vida para las sociedades como para los individuos, que salidos de Dios, a Dios han de volver.

Rendidos, agradezcámosle el beneficio de legarnos su Iglesia y de hacernos de Ella y pidámosle que el alma de apóstol que consumió su vida en la defensa y divulgación de las doctrinas sociales de Cristo, gocc de El y que la semilla que arrojó en el campo de la Ciencia y en el corazón de sus discípulos fructifique, para que, a través de las vicisitudes y a pesar de los extravíos y penumbras, sigan y no pierdan la senda de la luz, y gocen del bienestar los pueblos que se glorian de ser cristianos.

MANUEL DE BOFARULL.



En la Unión Internacional  
de Estudios sociales :

## LOS GRANDES MAESTROS

En el mes de octubre de 1920, a propuesta de M. Duthoit, ilustre y benemérito presidente de las Semanas sociales de Francia, S. E. el Cardenal Mercier reunió en su palacio de Malinas a los hombres-cumbres, a los grandes Maestros sociales de Bélgica y Francia; una docena de verdaderos especialistas, de los cuales algunos, como el jesuita P. Vermeersch y el dominico P. Rutten, son bien conocidos y admirados en España. Entre esos contados hombres selectos, cumbres por su ciencia y por la seguridad de su doctrina, estaba Mons. Antonio Pottier.

Todos reconocieron la oportunidad de constituir el grupo que se llamaría *Unión internacional de Estudios sociales*, y que tendría por objeto: 1.º el estudio de los problemas sociales contemporáneos en sus relaciones con la Moral católica; 2.º la comunicación al público, y particularmente a los hombres de acción, de las orientaciones directivas y de las resoluciones adoptadas por la Unión; 3.º La creación eventual de un Secretariado para evacuar consultas sociales.

Igualmente se convino en que más adelante fueran invitadas a formar parte del selectísimo grupo las autoridades más reconocidas de otras naciones. Hasta ahora la nación más favorecida ha sido España, dándose así el caso curioso de que mientras nuestros Maestros sociales se ven tratados en un plano de igualdad por los más célebres y autorizados de Europa, aquí carezcan ellos de discípulos, y sus predicaciones de eficacia...

Nuestro Severino Aznar, Presidente del Grupo de la Democracia Cristiana, fué desde luego llamado a formar parte de la Unión internacional, y reunido con aquellos insignes Doctores aparece en el interesantísimo grabado que ASTURIAS AGRARIA debe y agradece muy

de veras a *La Lectura Dominical*. El papel allí desempeñado por el gran publicista español no debió de ser muy desgraciado cuando trajo el honrosísimo encargo de enviar a Malinas, para incluirlos entre los miembros de la Unión, los nombres de otros dos individuos del Grupo de la Democracia Cristiana. ¡Parece ser que en Malinas no han leído a *Fabio!*

La Unión internacional, después de la reunión primera, ha tenido la segunda en octubre de 1921 y la tercera en setiembre de 1922. La adjunta fotografía es la de aquellos insignes Maestros en esta última reunión.

Mons. Pottier aparece allí, en el lugar preferente, honrado por todos, sentado, con su característica sencillez bondadosa, en medio de los P. P. Vermeersch y Rutten... ¿Verdad que basta ver a ese viejecito simpático para que estalle la indignación al recordar cómo lo han tratado en España la ignorancia y la osadía puestas al servicio de la plutocracia egoísta?

De las orientaciones y acuerdos dados a la publicidad por el escogidísimo grupo de Malinas, no hay para qué hablar aquí; ahora sólo se trataba de «explicar» el grabado.

Permítasenos, no obstante, añadir una cosa, a saber: que esas orientaciones y esos acuerdos, posteriores a la Guerra, trastornadora de todo, hasta de las ideologías, coinciden con los predicados desde lustros atrás por el Maestro a quien hoy rinde tributo de admiración y gratitud el Grupo de la Democracia Cristiana.

X. Y. Z.

### EL GRUPO DE MAESTROS

Sentados: El P. Vermeersch, S. J.—**Monseñor Pottier**.—El P. Rutten.—Monseñor Paul Six.

De pie: Servais.—Juan Lerolle.—Deploige.—Eugenio Duthoit.—Severino Aznar.—Baudhuin.—Defourny.







Pottier era un observador infatigable, y su espíritu estaba siempre alerta a los fenómenos sociales. Cuando un hecho, un documento o una lectura le producían alguna impresión, él la recogía escribiéndola en unos cuadernos grandes forrados de hule negro.

No se limitaba a consignar el hecho o a transcribir el texto; lo rodeaba de las circunstancias en que se había producido, se esforzaba en valorarlo con toda sinceridad e inmediatamente escribía el comentario o la reflexión que le había suscitado. Así cuando tenía que recordarlos en un libro, en una conferencia o en una explicación de clase, los hechos y los textos tenían en su pluma o en sus labios una frescura y una exactitud como de cosa próxima y directamente observada.

No se preocupaba del estilo y en esas notas hay por eso cierto abandono en la forma, extremando en ellas además su concisión peculiar.

Cuando el año pasado lo visité en su residencia de Spa, hojeé curioso algunos de esos cuadernos, rico archivo de observaciones oportunas y penetrantes, y tropecé con la que a continuación publicamos y que entonces copié. El me autorizó para hacer de ella el uso que tuviera por conveniente.

Si tiene o no interés para la acción social católica en España, el lector lo verá.

S. A.

El 5 de Diciembre de 1921 los socios de la Sociedad Artística Obrera de Roma fueron recibidos en audiencia solemne en el Vaticano, con ocasión del 50º aniversario de su fundación.

Su Santidad Benedicto XV recomendó en su discurso vivamente y con insistencia, los círculos de estudios apolológicos y sociales.

He aquí lo que dijo el Pontífice a propósito de estos últimos:

«Hay un estudio hacia el cual deben experimentar los hijos del trabajo una inclinación especial; el estudio de la

cuestión social en general y de la cuestión obrera en particular.»

«También tenemos interés en declarar hasta qué punto ha sido consolador para Nos, el oír renovar el propósito de promover este género de estudios en conformidad con las reglas trazadas por León XIII, de venerada memoria, en su inmortal Encíclica *Rerum Novarum*.

¡Oh!, que no sea estéril la admiración por esta *gran Carta de la verdadera Democracia cristiana*; que no sea únicamente una adhesión teórica, sino también una adhesión práctica a las enseñanzas de la Encíclica pontificia acerca de la condición de los obreros, y los hijos del trabajo verán así satisfechas sus legítimas aspiraciones.

«De una parte los criados, los artesanos, los obreros comprobarán que al cumplimiento de sus deberes corresponden el disfrute y uso de innegables derechos; de otra parte los patronos y los capitalistas aprenderán que no deben gozar de sus derechos sin observar sus deberes imprescriptibles para con las clases humildes».

El discurso pontificio tenía un alcance que traspasaba los muros del Vaticano y las fronteras de Italia.

Por aquel mismo tiempo cierta prensa conservadora católica de España acababa de encrespase contra una joven asociación científica que se había fundado con el propósito de dar al movimiento social cristiano una marcha franca y decidida. Esa Asociación se llamaba Grupo de la Democracia cristiana, estaba constituida por católicos cultos y experimentados y tenía como guía y tutor al Pri-



mado de España, S. E. el Cardenal Guisasola y Menéndez, que la aprobaba y alentaba.

El alboroto armado contra la nueva institución era ensordecedor y los buenos integristas del otro lado de los Pirineos habían recogido y puesto en circulación de nuevo contra el nombre Democracia cristiana todas las frivolidades que hace más de un cuarto de siglo habían ido rodando por la prensa conservadora de Bélgica y del Norte de Francia. El anacronismo era curioso.

Se hacían reclamaciones a la Nunciatura de Madrid y denuncias a Roma. El Vaticano estaba bien informado; lo sé de buena fuente.

En estas circunstancias, Benedicto XV, que tenía tan afinado el sentido diplomático, pronunció en un discurso solemne las palabras que hemos citado y empleó la expresión de *verdadera Democracia cristiana*, para significar las reformas sociales postuladas por la *Encíclica Rerum Novarum*. Era la primera vez que se servía de esta fórmula. Y esto

es suficiente para poner en evidencia el alcance de la palabra pontificia.

*La Croix du Dimanche*, de Paris, en el número que siguió a la publicación de la arenga de Benedicto XV, publicó el documento pero suprimió el párrafo que yo he citado.

*Le Nacional Liegeoise*, sucedánea popular de *La Libre Belgique* de Bruselas, reproducía el párrafo en cuestión, pero saltó el incidente que se relaciona con la denominación *Democracia cristiana* que he subrayado.

A su vez *Le Pays de Liege* ha omitido un importante miembro de la frase. Pero como él es demócrata cristiano no sólo de nombre sino también en realidad, supongo que ha copiado de un periódico conservador, culpable de falsedad por omisión, el texto del discurso pontifical, y que habrá sufrido una penosa sorpresa al haber sido involuntariamente inducido a error. (1)

A. POTTIER

(1) Sucedió como presumía y *Le Pays de Liege* así lo ha reconocido públicamente.

El teólogo del  
Catolicismo social

POTTIER, TEÓRICO DE ACCIÓN

No cabe en el marco de las dos cuartillas que se me ruegan un estudio, ni aún esbozado, de la eminente personalidad social que acaba de bajar a la tumba.

Monseñor Pottier fué ante todo el teólogo del catolicismo social. Y por ello fué un católico *integral*, y no por acaso, sino con plena conciencia de su misión, como lo revela el estudio presentado hace treinta años al Congreso

de Lieja con el título de «*Rapport sur l'application INTÉGRALE du christianisme a la production, a l'usage et a la repartition des richesses*». No fué un utopista; sino un verdadero teórico o sea de los que por serlo son, según nuestro Donoso Cortés, *hombres verdaderamente prácticos*. Al consignar la gloriosa revista «*La Democratie Chretienne*» esta frase del ilustre orador y apologista español, añadía: «Ja-



más se ha visto mejor comprobación de esta palabra que en la historia del abate Pottier. Este teólogo ha organizado todo un mundo. Ha precisado la doctrina hasta los últimos extremos y la ha realizado hasta el más pequeño detalle. Ha fundado una cooperativa de producción alimenticia y de consumo siendo en ella alma y vida. Es un comerciante, un hombre de negocios, y un hábil abogado cuando es preciso. Sus adversarios se lo han echado a la cara como una injuria. Sabe agitar las masas y organizarlas. Este demoledor de abusos es un constructor admirable de instituciones salvadoras y de reglamentos donde todo se prevé. Sabe unir el ideal completo con la ductil y prudente acomodación a la realidad. Intransigente en orden a las concesiones doctrinales, es frente a las instrucciones de la Iglesia, y aún a los menores deseos de sus superiores, de una docilidad de niño. Atacado con una violencia, de la que no hay ejemplos más que en la historia de las herejías, nunca ha opuesto a sus adversarios, lo mismo a los más ignorantes como a los más ofuscados por la pasión, otra cosa que una firmeza caritativa y magnánima. Cuánto, y cuán cruelmente ha sufrido, él y sus amigos más perspicaces lo han sabido. Nunca recurrió a la autoridad suprema más que para pedirle consejo y no protección».

Sin embargo le fué ésta amplísimamente otorgada, y bien la merecía el ilustre profesor y sacerdote ejemplar «ante quien el socialismo belga rugía de rabia, en expresión del insigne historiador G. Kurth, porque encontraba en todas partes, para defender la verdad, la sotana del abate Pottier». Mon-

señor Doutreloux, de eterna memoria en el catolicismo social, lo nombró canónigo de la catedral de Lieja, y más tarde fué llevado a Roma y encargado de explicar Sociología. Este nombramiento fué el premio a su genial obra «*De Jure et Justitia dissertationes*» universalmente divulgada, y la consagración de su personalidad, honrada desde León XIII por todos los Pontífices sucesivos.

Ha muerto Pottier; pero su doctrina perdura, y cuantos comulgamos con su orientación, en medio de la inanidad de la acción católico-social que presenciemos, y ciertamente no por nuestra culpa, podemos repetir las palabras de Kurth, al saludarlo, en la fiesta organizada para celebrar su promoción al canonicato de Lieja: «Hemos aquí en redor de vos llenos de valor y de fuerza para la tarea futura, combatidos pero no aniquilados, *tanquam mortui et ecce vivimus*, como se cantaba esta mañana en la epístola... Somos todos vuestros discípulos, y quien os habla reivindica igualmente este título, porque es a vuestra escuela, es a la luz de vuestra ciencia teológica, es en la calurosa radiación de vuestra alma de apóstol en donde he comprendido plenamente que se puede ser cristiano cuando se es demócrata y que se es verdaderamente demócrata cuando se es verdaderamente cristiano».

AMANDO CASTROVIEJO,

Catedrático de la Universidad de Santiago y Académico C. de la R. A. de Ciencias Morales y Políticas.

Algunos fundan «Sindicatos»... para impedir que se funden Sindicatos.—*Pottier*.



Me invitan los compañeros del Grupo a que colabore en este público homenaje a la memoria del llorado maestro.

Nuestros ilustres literatos le honrarán con dignas semblanzas; nuestros eximios hombres de ciencia pondrán de relieve el jugo y la eficacia de su doctrina. Yo no puedo contribuir a esta corona, sino con una modesta violeta: La de mi calurosa simpatía.

Cuando los intereses bastardos fueron desenmascarados y heridos por la luz de la verdad y de la justicia de las afirmaciones del maestro, pretendieron anularle por el ridículo e inventaron el mote de *pottierismo* como sinónimo de loca extravagancia y hasta de herejía.

Hombre de fé y de superior entendimiento, siguió imperturbable la exposición de las impurezas sociales oponiéndoles el remedio sublimemente inspirado en las enseñanzas de la Iglesia católica y en los tratados de sus más esclarecidos moralistas.

Leí sus escritos, encantadores por lo contundentes y sólidamente fundamentados en argumentos de autoridad. Desgraciadamente están poco difundidos en nuestro país. Para propagarlos me he quedado sin ninguno y creo que se debería hacer de ellos una edición española.

Recuerdo que en el tratado «De Jure et Justitia» al ocuparse de la justicia del salario vital, aduce el maestro esta cuestión propuesta por el moralista Hugo: *¿La criada a quien no dan sus amos bastante de comer, si sisa, roba?*

Me explico el clamor: ¡pottierismo!

Es la protesta del verdadero ladrón.

Pues esos son todos los ¡pottierismos!

\* \* \*

Toda la obra de Pottier estriba en afirmar la dignidad espiritual del hombre según la concepción católica, derrocando el concepto pagano y materialista que lo rebaja a instrumento de la riqueza y del poder, para elevarlo al rango que le corresponde de causa eficiente de una y otro en los cauces de la más exquisita justicia conmutativa, distributiva y legal.

Contra el liberalismo y el socialismo.

La familia, célula social. Abiertos los horizontes de la cultura a todos, como punto de partida de su dignidad moral para diversificarse luego sin perderla en la desigualdad específica del orden económico y político; consagrado el trabajo como origen de la propiedad y habiendo ésta presente que en cristiano en cuanto al uso está subordinada a la esencia de los bienes materiales de no ser sustraídos al bien general: en lo económico

surge el concepto de sociedad del contrato de trabajo que sustituye al viejo de locación, llevando a la coparticipación por el accionariado de trabajo en sus categorías de administración, dirección y ejecución intelectual y manual, con el principio de que el salario es la cuota de seguro y amortización del obrero y ha de ser vital familiar, como al capital correspóndele su cuota de amortización e interés en concepto de ahorro, distribuyéndose luego el beneficio en la cuantía correspondiente a las distintas categorías de trabajo, puesto que el capital como causa instrumental es improductivo.

Higiene, seguridad, jornada justa; toda la legislación social protectora.

Surje la asociación obrera, el sindicato obrero legítimo para la defensa de la dignidad moral y de los derechos que de ella se derivan.

Surje la asociación de empresarios obligada para coordinarse con la asociación obrera en aquellos puntos.

Surje la corporación profesional, constituida por las dos anteriores asociaciones como estatutoria de sus relaciones justas e intervenida por los consumidores como servidora del bien común.

Coordinados los intereses a base moral, para atenderlos, propugnarlos y mantenerlos en el orden desde su raíz moral y de cultura, constitúyese el Gobierno con sus órganos.

Claro que ha de constituirse con la selección, única garantía de eficacia; mas súbese: el Poder legislativo que haya de dar vida al núcleo ejecutor no puede ser sino representación del pueblo. ¿Por clases? Eso es lo que corre como eficaz remedio al nefasto parlamentarismo liberal. El maestro ilumina este punto. Ese sistema habría de ser infecundo y hasta perturbador porque no tendría otro resultado que el choque y la lucha de clases. Hace falta el aglutinante de la representación del interés general.

La selección que de ser espontánea tendría el peligro de decaer en tiranía, sólo puede ser de abajo arriba con la garantía de una profunda conciencia. La falta de ésta es la que produce las democracias oligárquicas con engaño del pueblo y las demagógicas con daño del mismo. Podrá ser verdad que la demofilia quepa en cualquier otra forma; pero es más segura en ésta de la democracia cristiana.

Mi amigo Calvo Sotelo recordará lo que hubimos de reir en cierta ocasión, en que una entidad patronal se negaba a pactar con una entidad obrera un contrato colectivo sobre la jornada legal, porque había pasado la época



de las asociaciones y había llegado el tiempo del gobierno de las minorías selectas.

Municipio, región, nación, Estado, grupos naturales o históricos, no para servir a la ambición y al egoísmo, sino para fomentar la fraternidad humana.

\*\*\*

Mi humilde violeta de recuerdo al inmortal Pottier.

Creo que un hombre tan bienhechor está en el cielo y no necesita de plegarias.

Creo que para salvarse cumpliendo los dos mandamientos de amar a Dios y al prójimo por Dios, hay que morir abrazado a sus «pottierismos».

JUAN REIG GENOVÉS

*Del Instituto de Reformas Sociales*

Valencia, 17 de Diciembre de 1923.

Enseñanzas de  
Monseñor Pottier

## Los Seguros sociales

La Política de Previsión, al establecer en nuestra Patria las bases de los Seguros sociales, iniciados con el de vejez, ha dado realidad española a un principio de Justicia Social definido y razonado desde hace, cuando menos, un cuarto de siglo por Monseñor Pottier. Al exponer magistralmente en su Tratado *De jure et justitia* las inspiraciones doctrinales y el sistema de la Encíclica *Rerum Novarum*, da ya una anticipación clara y sólida que se dedicó después a explicar en sus Lecciones de Ciencia Social en el Colegio Leonino de Roma y que recordó, ya como un postulado, en su lección sobre «Las responsabilidades que intervienen en el contrato de trabajo», dada en la Semana Social de Versalles en 1913.

No aparece a nuestros ojos Monseñor Pottier como una intelectualidad de tipo intuitivo y fulgurante. Aunque en su intimidad gozara de geniales atisbos, no se entregaba a ellos. Prefería ir archivando verdades después de bien depuradas y pulidas, para, verdad sobre verdad, ir construyendo los robustísimos razonamientos que admiramos en su Tratado, como en sus Estudios, en sus Cursos y en sus Conferencias.

Así lo vemos en el caso de esa anticipación a que nos referimos y que consiste en la enunciación y prueba del principio de que el seguro social es una necesidad del obrero que debe satisfacer el patrono como una parte del

salario, doctrina que anticipó cuando ya la tenía construída.

El trabajo, en las situaciones normales, debe dar al trabajador lo preciso para poder vivir cuando no puede trabajar. Esto dice, deduciéndolo de su robusta doctrina sobre el salario. Y sistemáticamente va desarrollando el principio.

Es decir, que la retribución debe ser tal que contenga potencialmente la pensión para la vejez. Cuando el patrono, por el contrato de trabajo, se apropia todo el efecto útil del esfuerzo del obrero o empleado, tiene que pagarle un salario mínimo que contenga dicha pensión de retiro.

Al Estado—añade Monseñor Pottier precisando las normas de la Política social en este punto—no le incumbe directa y exclusivamente esta obligación. Tal doctrina—añade en ocasión solemne—le parece una doctrina socialista. Pero el Estado debe contribuir cuando y en cuanto lo exija una necesidad social. Y añade, para matizar estas normas, que el Estado debe obrar con la prudencia necesaria para no provocar crisis, huyendo de hacer más mal que bien al buscar éste.

Los Seguros sociales son considerados por Monseñor Pottier como casos de responsabilidad patronal, concibiendo como responsabilidad «la imputabilidad de las consecuencias resultantes de la transgresión de un deber», consista este deber en una acción o en una



omisión. En el orden particular, el patrono puede descargarse de esta responsabilidad asegurando a su obrero o dándole medios de vivir cuando ya no puede vivir de su trabajo o dándole un salario con cantidad suficiente para que el obrero se pague su seguro de vejez. Pero la Política social no puede dejar esta necesidad del obrero a merced de la solución que quiera o pueda darle cada patrono. Y de ahí la institución de este Seguro social sobre la base de la obligatoriedad y realizado como una función pública que todos los Estados van cuidando de no desatender.

No puede ser más clara y fértil esta concepción que hace radicar en la Justicia los seguros sociales. Y creo que

es también de justicia reconocer que en este avance social late la inspiración católica definida y razonada fecundamente por Monseñor Pottier, el cual nos ha proporcionado además, en esta materia especialmente, el consuelo de fundamentar su doctrina en Lugo, en Vázquez, en Suárez y en Victoria, luminosas glorias de la católica España.

Por ello, casi tanto como católicos, debemos a nuestro Maestro Pottier como españoles.

INOCENCIO JIMÉNEZ.

*Catedrático de la Universidad de Zaragoza y Vicepresidente del Instituto N. de Previsión.*

## ENTREVISTA SIMBÓLICA

# UNA HORA CON MONSEÑOR

Extranjero en Roma, caminaba presuroso a través de las calles enfangadas y de la fría e implacable llovizna de la tarde otoñal.

Las nubes, densas, plomizas, bajas, prendían sus girones por cúpulas y campaniles, por colinas y villas.

El mismo Tiber, que el extranjero, dejando atrás la plaza del *Popolo*, atravesó por el puente *Margherita*, parecía dormido bajo el sudario de la desolación y de la niebla.

La fanfarrona estatua de *Niccola di Rienzo* tiritaba en su plaza, como seguramente temblaría también el ángel de las alas extendidas que aparecía a lo lejos entre la bruma, siempre en pie, victorioso, encima de la mole de su gran Castillo.

Los nombres legendarios y gloriosos de las calles del barrio por el que se internó el desconocido, se diluían y esfumaban en la melancolía del anochecer próximo.

Calle de los Gracos, plaza de la Libertad, *vía Cicerone*, *vía Tácito*, más allá calle de los Scipiones...

Evocaciones de fantasmas, aún más fantasmas al resplandor lechoso de los primeros reverberos urbanos y más fantasmas aún en la mente del decidido que, desfigurada su silueta por el impermeable y medio oculto bajo el paraguas, avanzaba presuroso y resuelto por el barrio que antes se llamó *Prati di Castello*.

—*Vía Pompeo Magno*—murmuró al entrar en una calle,

Y luego, deteniéndose ante sólida edificación de amplio portal y numerosos ventanales, exclamó con un suspiro de honda satisfacción:

—Aquí está... Ya llegué... Colegio Leonino...

El portero le salió al encuentro.

—¿Qué desea el caballero?

Y el caballero, joven, apuesto, distinguido, libre ya de la molesta coraza del paraguas y soltándose el impermeable, demandó a su vez:

—¿Monseñor Pottier?

—Sí, Monseñor está en casa, venga usted.

—No, antes pásele mi tarjeta...

\* \* \*

En medio de la estancia—celda de santo, laboratorio de sabio, colmena de estudiante—la prócer figura de Monseñor esperaba con los brazos abiertos.

—¡Oh, mi querido Luis de Olmedo, mi bravo español, *mon fils très chéri!*...

Y esta última frase quedaba en el plácido y tan íntimo ambiente como una estela de paternal caricia.

El recién llegado se dejó abrazar por el sacerdote, mas luego se inclinó, le tomó las manos y las besó con beso largo y emocionado.

—¡Mi querido Luis!—tornó a decir Monseñor, conmovido también.

Se sentaron.



Cerca de ellos estaba la mesa de trabajo, rebosante de libros y papeles, toda iluminada bajo el nimbo de la lámpara eléctrica, toda casta y austera como un altar.

—Y bien—comenzó Monseñor—yo sabía que estaba usted en Roma,

—Desde esta mañana—dijo el visitante—para tomar parte en ese Congreso internacional de Medicina, pero mi primer cuidado, tan pronto como he podido, ha sido el venir a ver a usted, a mi venerado maestro de siempre, a mi queridísimo consejero y amigo...

—¡Y con tan mala tarde llegar hasta aquí!—le interrumpió, cariñoso, Monseñor.

—Me espoleaba el deseo de verle—prosiguió Olmedo—y he venido gustoso, a pesar de la lluvia y del frío, como en tantas ocasiones llegó hasta usted mi voz a través de otros fríos peores y de otros obstáculos más grandes... Y hoy mismo vengo aquí no tanto en busca del maestro como en demanda del sacerdote; no pido ahora ciencia social sino doctrina cristiana; no vengo a profundizar guiado por usted en su libro, pongo por caso, *De jure et justitia*, sino en su corazón tan abierto a toda compasión.

—¡Oh, este buen Luis sigue tan vehemente como en los años en que tué mi discípulo!

—Y sigo siéndolo y hoy más que nunca... Le ruego que me escuche...

Sí, Monseñor Pottier escuchaba con la mayor atención, con la bondad más grande reflejada en su rostro de cera, rostro que, coronado de canas prematuras, tenía una expresión de pureza y de benignidad, a la vez que de ascetismo y de sabiduría.

Cruzó las manos con ademán en él característico, y dijo en italiano:

—*Parlate...*

\* \* \*

Luis de Olmedo, en su ciudad de la vieja Castilla ejercía la Medicina, pero más que nada era hombre de acción y de propaganda católica y social.

Toda la región suya estaba llena de obras que él había fundado o en las que él certeramente intervenía.

Toda la masa obrera de la región, los trabajadores de los campos y de las fábricas, lo seguían como a un apóstol y lo admiraban como a un formidable organizador.

El se tenía como un soldado de fila entre los demás propagandistas e intelectuales, como un combatiente más en la redentora y moderna cruzada de luz y de ascensión; mas sus compañeros de afanes y de labor social lo consideraban siempre como el inspirador, como el primero, porque el ardimiento, la fe, la lealtad de su alma, su conocimiento seguro de las cosas, la manera afinada de enfocar la realidad, la sinceridad de su vida, su

espíritu profundamente cristiano, le ganaban voluntades e inteligencias por doquier.

¿Todas?

No, todas no.

La hipocresía y la ignorancia le tendieron celadas en su camino muchas veces.

Fué acusado en conciliábulo de falsos hermanos.

Fué injuriado en la prensa.

Fué emplazado ante su Obispo.

Fué tenido por visionario, por arribista, por peligroso ¡hasta por heresiarca!

Pero él, aunque sangrante el espíritu entre los abrojos de la calumnia, continuaba impertérrito su marcha.

Así y todo era hombre y la cruz comenzaba a abrumarle hasta hacerle desfallecer y acudía al hombre bueno, al hombre sabio que, iniciándole un día en los secretos del verdadero amor al prójimo, le había lanzado, solo con ello, por las sendas del sacrificio.

—Vivir consagrado a Dios; a la Iglesia, a nuestros semejantes; —hablaba impetuosamente Luis—ir al pueblo, a los pequeños, a los pobres, a los desheredados, a los vencidos; ser como el sol que a todos alumbra y fortifica es una gracia inmensa por la que hay que dar gracias de rodillas al Señor. Pero es a la vez un extraño martirio... Porque muchos pasan junto a uno y creen ver en él cosas raras y obscuras, maldades y traiciones, interés sórdido o inconfesables ambiciones... Y hay almas buenas, hombres honrados que oyen esas injurias, esas calumnias, y se las quedan sin contrastarlas y hacen circular inocentemente esa moneda falsa que otros fabricaron... Y el ser insultado por el enemigo me enardece y espolea; mas que el hermano, que el bueno me escarnezca, eso me atormenta hasta hacerme desfallecer...

Calló un instante, esperando una frase, una palabra del sacerdote. Pero éste permanecía mudo y como abstraído, reflejando en el dulce semblante una leve sonrisa dolorosa.

Olmedo continuó:

—Y aún hay más, Monseñor... Se ha cometido la felonía de denunciar a mi Prelado a Roma, sólo porque me ha bendecido, porque es propicio a mi obra social y democrática, porque me acoge siempre y me defiende... Y por esa humillación de mi Obispo, por esa amargura que sufre por mi causa, yo no puedo pasar... Yo dejo todo, yo renuncio a todo, me doy por vencido ante las feroces calumnias y las insinuaciones infamantes, dejo libre el campo, vuelvo a mis años de jornadas serenas y tranquilas en que sólo pensaba en mis libros de Medicina y en mis enfermos corporales... Ya se irá aplacando esta ansiedad profunda que ahora siento al ver mi vida fracasada y rota y que quizá el hombre enemigo tuvo razón.



Luis de Olmedo, apoyando su frente en la mano derecha, enmudeció,

Entonces Monseñor comenzó a hablarle tan suavemente, tan paternalmente, que su voz parecía brotar del sagrado de un confesorio.

\* \* \*

—¡Pobre hijo mío! Si me ha dicho usted al principio que venía a pedirme consejo ¿por qué me ofrece al final su propósito ya decidido de retirarse del campo y encerrarse en su torre de marfil?... Usted no hará eso, amigo mío... ¿Dónde está quien no lleve su cruz? ¿Adonde irás, adonde te volverás, dice la *Imitación de Cristo*, que no des con ella?... Me hablaba usted de injurias, de campañas de prensa, de malas inteligencias, de delaciones... ¡si yo hablara de mí!...

Luis de Olmedo abandonó entonces su actitud de abatimiento y elevó su mirada al sacerdote con admiración fervida.

En la faz del maestro no había ni la menor sombra de tormenta. Todo quedaba lejos, todo al margen de aquella serenidad inalterable, como allá fuera continuaba azotando la lluvia sin que su persistencia enturbiara la calma del oasis de oración y trabajo,

—¡Oh, diga usted Monseñor!—suplicó el discípulo.—Sé todas las felonías cometidas con usted...

—No, querido mío—repuso el maestro—no lo sabéis todo... Pero ahora se trata de vos, no de mí... Permitidme que os aconseje...

—Para eso vine.

—Pues bien: sigue en tu puesto, hijo mío—prosiguió Monseñor, tuteando a su antiguo discípulo por primera vez—no vaciles, no dudes. Las contrariedades son señal de victoria. La confluencia de tu Obispo debe ser tu... ¿cómo decís en España?... ¡ah, sí! tu acicate. No desmayes. Continúa edificando sin mirar más que arriba, siempre arriba. Y edifica en paz y en íntimo y absoluto sosiego. Si te ofrecen la lucha, acéptala como una

necesidad, pero no ames jamás la batalla por la batalla. La dulzura, la mansedumbre, la paciencia, son más fecundas que todas las demás maniobras del alma, Sé antorcha de la dulzura y de la caridad de Jesucristo. Contra el amor se embotan indefectiblemente todos los odios. Y sobre el fundamento del amor, predica la verdad, la verdad santa, la verdad redentora, de la que dijo el divino Maestro: *Veritas liberabit vos...* Y por eso renegar de ella es un crimen y ocultarla es una cobardía, mientras que hacerla brillar más aun en los mismos que se creen poseedores de ella es el mayor de los apostolados...

—¡Monseñor!... —exclamó Luis haciendo ademán de arrodillarse.

Pero Monseñor, adivinándole el deseo, se puso repentinamente en pie y lo sostuvo en sus brazos.

Y rentándole en ellos, continuaba hablándole casi al oído palabras de aliento, de confortación y de esperanza.

—*Sic itur ad astra*, querido hijo mío, y no hay otros caminos...

En la calma profunda del Colegio resonó el conventual tañer de una campana.

—Nos llaman a la *insalata*—se interrumpió riendo Monseñor.

—Volveremos a vernos ¿no es así?—preguntó Luis marchando hacia la puerta.

—Siempre a la disposición de mi señor de Olmedo, siempre...

\* \* \*

Descendió el extranjero al *cortile*, salió a la calle donde el frío y la lluvia habían arreciado.

Pero en su corazón todo era serenidad. Y recordando de pronto sin saber por qué y hasta cantándolas a media voz unas estrofas del himno al Espíritu Santo—*Fons vivus, ignis, charitas...*—se perdió en la noche.

J. LE BRUN.

## Para que surjan aquí hombres como Pottier **Estudios superiores**

Dentro y más allá del problema social una de las más graves preocupaciones, mejor dicho, la más seria e inquietante entre todas, de los pensadores creyentes, es la actitud del proletariado respecto del dogma, moral e instituciones cristianas.

El proletariado, el que actúa como poder social-político, adoctrinado, organizado y educado por el Socialismo, que en el mundo obrero constituye

cuantitativa y cualitativamente (producción intelectual, prensa, asociación, representación parlamentaria) la fuerza mayor en la actividad y en la resistencia, ha sido y continúa siendo declarada y sistemáticamente arreligiosa en la inmensa mayoría de sus adeptos, y en muchos airada y sarcásticamente irreligiosa.

Hace un siglo, aún en los centros de más potente y agitada vida industrial,



serían extraña excepción los obreros que no creyeran ni rezaran. Hoy, en muchas ingentes agrupaciones obreras, sería muy doloroso contar los obreros que creen y rezan. No sé si en la historia religiosa hay un hecho que se preste a más hondas meditaciones. Ofrécense desde luego con mayor relieve las siguientes:

¿Por qué el proletariado, el más activo y orgánico, se muestra en absoluto indiferente o radicalmente adverso a las creencias e ideal de vida católicos? Si el siglo XIX, en casi su totalidad, fué de horrenda opresión material y moral para el obrero, ¿por qué la protesta católica, como acción colectiva, se retrasó, treinta años por lo menos, a la protesta y acción socialista? Siendo misión inherente al Cristianismo la defensa, protección y mejora de los desvalidos, según clarísimamente lo muestran la vida de Nuestro Señor Jesucristo, la letra y espíritu de los Libros Sagrados, la historia de los primeros siglos, los escritos de los Santos Padres y el ejemplo y apostolado social de los más grandes Santos ¿cómo se explica semejante abstención y silencio? El contenido filosófico, primero crudamente materialista, después de racionalismo positivista, incorporado al sistema doctrinal y práctico del movimiento obrero ¿es esencial a su programa de reforma o transformación económico-social? En las reivindicaciones de índole económico-social-política formuladas por el proletariado ¿hay algo que sustancialmente repugne al Catolicismo? ¿Por qué en los países anglosajones el obrerismo con sus po-

tentes asociaciones adopta respecto de las creencias e instituciones religiosas temperamentos de mayor tolerancia y respeto, a veces de concordia y de mutua ayuda, como en las últimas elecciones inglesas? Contando con numeroso clero secular y regular ¿cuál es la causa de que en España sea tan mediocre la organización e influencia de las asociaciones obreras católicas?

Para responder, o al menos tratar de responder debidamente a las precedentes cuestiones, es necesario saber Historia, civil y eclesiástica, Teología Escrituraria y Patrística, Historia de la Filosofía, historia crítica de las ideas que en metafísica y en moral han agitado al siglo último, Derecho, Sociología, Economía. En varias de estas disciplinas estaba sólidamente preparado el profesor y publicista egregio, de quien hoy en ASTURIAS AGRARIA se hace especial memoria. Con el material científico acumulado por Pottier, con su amplio y sereno criterio, con su potencia de trabajo y su sano optimismo, una decena de hombres de semejante tenor estaría en disposición de responder.

Ya se vé que en España no los hay. Es abrumador y desesperante que en España, con su tradición de los incomparables tratadistas *De Justitia et Jure*, en España con su lengua hablada por ochenta millones de almas, no exista un Centro, Seminario, Universidad, Instituto o Escuela en que tales hombres se formen. ¿Nunca lo habrá?

GREGORIO AMOR

Canónigo de la Metropolitana.

Valladolid.

### Síntesis de una larga vida de estudio

## La última obra de Pottier

No ha sido Mons. Antonio Pottier un escritor que merezca el calificativo de fecundo; pero como su vida de apóstol social incansable fué muy larga, entre libros, folletos, discursos y artícu-

los de periódico es indudable que desde 1889 en que apareció su primer trabajo sobre «Lo que hay de legítimo en las reclamaciones obreras», hasta 1923 en que falleció santamente en Roma,



ha publicado un número considerable de escritos.

Pues bien, si fuera posible meter todos esos trabajos impresos en una prensa para estrujarlos y sacar de ellos toda la sustancia que encierran, no saldría de allí otra cosa que el estudio cuya publicación, y lo que es peor, cuya redacción definitiva ha truncado la muerte: el estudio «La Moral Catholique et les questions sociales d'aujourd'hui»....

Esta grande obra, que iba a ser y en parte ya es el resumen conciso y luminoso de las observaciones, de las experiencias, de las meditaciones y de los estudios de una larga vida plena de actividad y dedicada de lleno a dichas cuestiones sociales, estaba llamada a ser la síntesis más genial del pensamiento católico en relación con los candentes y difíciles problemas de nuestros días.

Tres categorías de cuestiones iba a delucidar Pottier en ella: las del orden económico, las del orden político y las del orden social, y únicamente ha podido estudiar dos de las primeras: el *contrato de salario* y *los sindicatos*.... Cada una de estas cuestiones, llena un fascículo de 160 y 177 páginas respectivamente en cuarto. El primero salió a la luz el año 1920 y el año siguiente el segundo: confiemos en que el tercero, que debía hablar de las huelgas, estuviera muy adelantado, sino completo, al caer el insigne autor herido de muerte....

Queda dicho que esta obra iba a ser el resumen, la quintaesencia de todos los anteriores escritos de Pottier, siempre tan opulentos de sana doctrina y de razonamientos precisos, luminosos y contundentes; y de ello se convencerá fácilmente el lector discreto: para conseguirlo bastaríamos hacerle una brevísima descripción del contenido de cada uno de los dos fascículos mencionados.

El primero de ellos, ya está dicho

que de solas 160 páginas, después de una concisa Introducción saturada de doctrina y de fecundos puntos de vista, contiene el estudio de las siguientes cuestiones: *El salario mínimo*.—*El salario justo*.—*El accionariado del trabajo*.—*El salario de las mujeres*.—*El contrato colectivo del trabajo*.—*La libertad sindical*....

¿Temas para varios libros, verdad? Pues en tan pocas páginas los dilucida Pottier tan completamente que no parece posible añadir nada nuevo en el orden de la doctrina. Verdad es que no hay allí palabra no indispensable, que las definiciones y los razonamientos parecen «podados» de todas las frases, de todas las palabras, de cuanto pudiera ocupar sitio sin ser esencial para la claridad de las ideas y de los razonamientos; pero aún así ¿no parece imposible encerrar en tan pocas páginas tanta doctrina y tantas observaciones?

Porque es necesario repetirlo, y a quien desee probarlo nada le será más fácil; esos problemas tan complejos, tan delicados, a menudo tan sutiles y siempre de difícil solución, se hallan allí dilucidados en tal forma que quien lea, medite y «digiera» aquellas páginas no necesita más para tener—casi nada—ideas claras sobre las mismas.

El segundo fascículo está no menos aprovechado: consta de 177 páginas y en ellas se estudian de la misma manera, con igual claridad e igual agotamiento de los al parecer inagotables temas, las siguientes cuestiones: *El accionariado del trabajo (segunda parte)*.—*El sindicato y los seguros sociales*.—*El sindicato y el comercio*.—*El sindicato y la religión*.—*El sindicato y la política*.—*El sindicato y los poderes públicos*.—*El sindicato y el accionariado del trabajo*.—*El sindicato y la huelga*.

Como se ve, los problemas estudiados en el segundo volumen no son menos interesantes, candentes, complicados y escabrosos que los del primero,



y están estudiados con la misma claridad y de manera igualmente definitiva. Son trabajos que merecen el nombre de «comprimidos sociales»: no solamente es imposible encerrar más doctrina y más luz en tan pocas páginas, sino que realmente no se explica uno, ni aún leyéndolas y meditándolas, cómo se ha podido realizar aquel prodigio....

Unir, en estas cuestiones donde todo embrollo y toda confusión tiene su asiento, tan extremada concisión y tan luminosa claridad, es un prodigio que por sí sólo bastaría para dejar sentado de manera incuestionable que las grandes y poderosas Confederaciones nacionales de sindicatos cristianos de Italia y Bélgica, que los grandes sabios del catolicismo social, desde el insigne jesuita P. Antoine hasta el Cardenal Mercier, que los cardenales de Roma y los cuatro últimos Papas, que los católicos sociales del mundo entero, al considerar a Mons. Pottier como autoridad no superada y como apóstol mil veces benemérito del catolicismo social, estaban más cerca de la verdad y de la justicia que quienes aquí han hecho con el venerable Maestro lo que con pasmo, indignación y risa—todo mezclado—de los lectores, ha evidenciado de un modo incontrastable Arboleja en el tan celebrado opúsculo «Los «errores» de Mons. Pottier»....

¿Un ejemplo siquiera del estilo que campea en esta obra tan lastimosamente truncada? No escajamos: ved cómo empieza el primer capítulo del primer volumen: «El contrato individual de salario es un contrato bilateral oneroso de arrendamiento en virtud del cual el obrero se compromete a proporcionar su trabajo a cambio de una remuneración que se llama salario.

«Se cambian, pues, dos cosas: la obra personal del trabajador y el salario. Como todo contrato bilateral de cambio, este contrato se rige por la justicia conmutativa, la cual exige la igualdad aritmética de las cosas cam-

biadas. En efecto, el obrero es el propietario personal e independiente del bien que compromete en el contrato, es decir, de su trabajo personal; el patrono es igualmente propietario personal e independiente de lo que aporta, es decir, del dinero con que paga el salario. Estos dos contratantes pretenden sacar, cada uno para sí, lo correspondiente a lo que ellos mismos aportan, y ninguno de los dos pretende hacer al otro un don gratuito.

«Del hecho de que cada uno de los contratantes es propietario personal e independiente del bien que aporta, se deduce que ninguno de los dos puede ser violentado en su libertad contractual. Por eso la primera condición de este contrato es que ninguna de las dos partes se vea constreñida ni física ni moralmente a soportar las condiciones que considere injustas»....

Y esta placidez, esta claridad, esta concisión de las primeras líneas, en las que, por exponerse las ideas más elementales, nada peregrino se puede decir, son la característica de todas las siguientes y de ambos volúmenes, que al no hallarse aún traducidos al español pueden dar testimonio de la precaria situación a que en España ha quedado reducida la Acción social católica por su poderosos e inconcebibles adversarios—y no de la acera de enfrente.

UN ADMIRADOR DE POTTIER <sup>(1)</sup>

(1) A quien circunstancias especiales impiden firmar con su nombre y apellidos.

ASTURIAS AGRARIA reitera aquí su agradecimiento a los insignes publicistas del *Grupo de la Democracia Cristiana* cuya colaboración le permite dedicar al Maestro Pottier un homenaje digno de él y por ninguna publicación del mundo superado, y lamenta no poder incluir en este número extraordinario todos los artículos recibidos, por haber llegado tarde algunos.



Iniciativa que  
hacemos nuestra

## EL MERCADO EN DOMINGO

Los Sindicatos tienen la palabra

Sr. Director de ASTURIAS AGRARIA.

Mi estimado amigo: Entre los siempre interesantes temas dilucidados por nuestra revista, creo yo que podría ocupar lugar hasta preferente uno que me voy a permitir apuntar en estas líneas para que si ustedes lo creen conveniente lo expliquen como es debido. Me refiero a la costumbre mil veces lamentable que hay en muchas partes de celebrar el mercado en domingo...

Ahora que soplan vientos de regeneración y en las alturas del poder se atiende a las razones y a los intereses del pueblo y no a las conveniencias de los políticos a la vieja usanza, ¿no sería cosa de hacer algo a fin de que todos los Sindicatos agrícolas solicitasen que se acabara con la anomalía mencionada?

La ley que prohíbe los mercados en domingo es general, y las excepciones que subsisten se basan en motivos fútiles y de ningún valor; diremos más bien que están amparadas por los políticos y caciques que las han establecido, tal vez sin expediente de ningún género... ¿Por qué no acabar con tales excepciones, tan perjudiciales y nunca beneficiosas para el verdadero pueblo?

Suprimiendo esos mercados que se celebran en domingo y trasladándolos a otro día cualquiera de la semana, se daría un gran paso en el orden religioso, ganarían mucho la moral y el orden público y se proporcionarían, sobre todo a nuestros labradores, considerables beneficios económicos. Por esto digo que nuestros Sindicatos, por ser católicos, por ir tras de la paz social y la moralidad pública y por preocuparse tan justamente de los intereses económicos de los socios, debieran emprender la campaña dirigida a la supresión de los mercados en domingo,

*Orden religioso.*—¿Quién pondrá en duda y tela de juicio mi afirmación? Generalmente (hablo de las aldeas) el padre y la madre van al mercado, aunque en él nada tengan que hacer, y no se ocupan en oír Misa ni en

el pueblo, donde se celebra más tarde, ni en la villa, donde fácilmente se entretienen por el mercado. Y los que quedan en casa tampoco cumplen con el precepto por tener que atender al ganado, a los pequeños, etc.; y si hay niños, porque no quieren o acaso no convenga que vayan solos... Y por eso mismo tampoco van estos niños al Catecismo, pues los padres no vuelven hasta bien entrada la tarde.

Cuando hace buen tiempo, sobre todo, los jóvenes de ambos sexos van también al mercado, y se quedan igualmente sin Misa. Total, que las pobres iglesias parroquiales se ven casi desiertas los domingos por culpa de los mercados. ¿Falta de fe? Nada de eso: la prueba está en que los días festivos, no domingos, se llenan esas iglesias de fieles, lo que prueba que eso ocurriría igualmente los domingos si no fuera el mercado...

*La moral y orden público.*—Sobre este asunto básteme advertir por parte de los jóvenes y aún hombres «hechos y derechos», que la inmensa mayoría de los crímenes se cometen en domingo y con ocasión del mercado; y por lo que hace a las muchachas, que la ida y estancia allí y vuelta del mercado no son precisamente escuelas de buena vida y costumbres. Así que si los tales mercados no se celebraran en domingo no irían a ellos los que por nada son reclamados, ni habría tantos crímenes ni la inmoralidad haría tanto de las suyas.

*Beneficios económicos.*—Con la supresión del mercado los domingos ganarían mucho las aldeas en orden a la riqueza pública, porque celebrados en un día «de labor» solamente irían a ellos los que tienen necesidad de ir y pocos más, pero nunca tantos como en domingo, y por lo tanto se ahorrarían los gastos de los que no fuesen, gastos no pequeños ciertamente y cuyo importe iría a engrosar la riqueza y a hacer mayor el bienestar.

A primera vista parece que al labrador le conviene más el mercado los domingos para no perder un día de trabajo, pero a poco que sobre esto se medite se ve y ven los mis-



mos labradores que en general les resulta mucho más caro el mercado del domingo... Los únicos que perdieran serían las tabernas y los cafés, pero no el resto del comercio, el cual antes bien ganaría, cobrando con mayor facilidad por cuanto los labradores, gastando menos, dispondrían de más...

En fin, que yo considero este punto muy digno de que los Sindicatos católico-agrícolas le dediquen especial atención. Y si a ellos y a la Federación les parece bien, yo opino que se podría hacer lo siguiente. ASTURIAS AGRARIA expone como mejor le parezca las

razones apuntadas, la Federación eleva al Directorio la oportuna instancia resumiendo esas razones, y los Sindicalos, advertidos del envío de la instancia, la apoyan enviando al Gobierno cartas o telegramas...

Al efecto los Sindicatos conformes deben avisar a la Federación, la cual obraría en consecuencia cuando tuviera la seguridad de verse apoyada por los federados. Esto se me ocurre y esto propongo a la consideración de usted, repitiéndome suyo afmo. q. e. s. m.

A. T. M.  
Maestro Nacional.

: Varias divagaciones :  
sobre el cisma absurdo

## Monedero-Rotativa

La «Voz de alarma» que, obediente como de costumbre a la Confederación Nacional, dió ASTURIAS AGRARIA para evitar que nuestros Sindicatos, engañados, se dejaran llevar al cisma absurdo y anticristiano, ha sacado a Monedero de quicio, si es que estaba en él antes de leer nuestro articulito y antes de verlo reproducido por los órganos de otras Federaciones...

Desautorizado por las más altas Autoridades eclesiásticas, desautorizado por el ilustre Presidente de la Confederación, contra la cual iba el golpe—verdadera navajada al corazón,—desautorizado por los Sindicatos y Federaciones, que saben lo que de ellos exige la unión, y lo necesaria que es ésta *hoy más que nunca*, y, en fin, descubierta su trama oscura por nuestras revistas, y particularmente por ASTURIAS AGRARIA, el hombre se ha trocado en una rotativa de cartas, circulares etc. etc. y está abrumado con ellas a Federaciones y Sindicatos...

Nuestro pobre y resignado director, como si sobre él pesaran pocas y livianas ocupaciones, se ha visto de pronto trocado en blanco predilecto de esa rotativa incansable, que lo considera causa principal de su estupendo y merecido fracaso, y lo inunda materialmente de

manuscritos, en multicopista, a máquina, manuscritos... ¡El diluvio en cartas y circulares! Además de las que remite a todos los Sindicatos y Federaciones en general, y de las que envía profusamente a nuestros Sindicatos en particular, le endilga cartas naturalmente no leídas ni abiertas siquiera por el destinatario...

El cual, por cierto, ha remitido a su no leído corresponsal una tarjeta de visita, escrita a máquina por uno de nuestros mecanógrafos, que decía: «Saluda al Sr. Monedero y le advierte que esta Federación ve con gusto su empeño por llevar nuestros Sindicatos al cisma, pues así se sabrá cuáles son los buenos y cuáles los malos, si los hubiera, y a nosotros nos basta con aquéllos; y le advierte además que, ocupado en cosas interesantes y de algún provecho, carece de vagar para leer esas sus cartas, que le roban un tiempo hermoso, muy digno en tales manos de ser empleado en la comenzada tarea de ver si se puede matar desde fuera lo que desde dentro no se consiguió matar... por completo.»

A continuación de tan inocentes líneas añadió «de su puño y letra», en realidad de verdad bastante mala, nuestro director: «Crea V. que es la pura



verdad; me falta materialmente tiempo para esos juegos de chicos retozones y revoltosos en que V. mata el suyo sobrante. ¡Hay tanto qué hacer y la vida es tan corta!»

Pero como si cantara; Monedero sigue en su labor de rotativa, vomitando cartas, circulares, amenazas, propuestas: da la sensación de un hombre acometido por el vértigo, en pleno delirio... Compadezcámoslo y no olvidemos estas dos cosas: que Monedero está desautorizado por todas las Autoridades eclesiásticas, comenzando por el Cardenal Reig, y por nuestra mayor autoridad social, que es la Confederación; y que nunca como hoy, que se está incubando una nueva España, es indispensable la unión entre todas las organizaciones católicas, y sobre todo entre las agrarias, que juntas forman

la fuerza social más poderosa de la nación.

Por lo demás ya se ve que el cisma tampoco prospera en Asturias. Esta Federación agradece muy de veras su digna conducta a los Sindicatos que escriben protestando contra el intento cismático y enviándonos los impresos, cartas, circulares etc. de Monedero; conducta verdaderamente, social, patriótica y cristiana. Y los que preguntan sobre ello, tengan la seguridad de que si el hombre del cisma sigue sin hacer caso de nuestras Autoridades eclesiásticas y sociales, se contará aquí cómo se apoderó de la Confederación, cómo la «dirigió» y cómo y por qué ha salido o lo han echado de ella...

Cosas todas que en realidad hace tiempo debieran saberse...

UN «BOTONES» DE LA FEDERACIÓN

Amenas charlas  
:: Sindicalistas ::

## Antón y Colás

PERSONAJES: *Antón*, Socio del Sindicato de X... — *Colás*, Presidente del mismo.

—Dime una cosa, Colás.

—Que quiés, Antón.

—¿Fixístis ya 'l pedíu del abono pa la sementera de las patatas?

—Non. ¿Por qué?

—Home, porque como l' oitru día leí na REVISTA que de la Federación habían mandao circular a toos los Sindicatos pa que lu fixeran antes del día diez y estamos a venti ya...

—¡Bah!, ¡bah!, ¡bah!... Na Federación malaño si saben lo que traen entre manos. ¿Cómo quiés que faigamos ya 'l pedíu si las patatas non se van semar hasta Febreru o Marzo? Con que lu faigamos a fin de Xineru, ye de sobra.

—Home, claro que tú lo sabrás meyor que yo, porque yes de la diretiva y sabeis lo que traeis ente manos; pero sin que esto sea por ofendete, a mí paezme que lo que diz Fidalgo ta muy puesto en razón.

—Pos yo digo que isi rapaz ta quivocau, porque yo nunca oí que pa comprar ná, tuviéramos que pedilo tan a tiempo.

—Pos yo véolo d' otra manera.

—Tú dirás...

—Vamos a ver. A nosotros conviennos recibir aquí el químico a primeros de Febreru a más tardar...

—Pos ahí tienes tú. En cerca de dos meses, figúrate si tendrán tiempo a mandá-noslo...

—Pero, home, déxame hablar. Si el químico fora como la fariña, que pué 'star almacená meses, y la Federación lo tuviera n' almacén pa na más pedir y mandar, santo y bono; pero ya sabes tu que el químico tién que venir directamente de fábrica, porque caso de almacenalo non pué pasar de días...

—Pero mira, que son dos meses...

—Non f' amontones, ¡repuño!, déxame hablar. Nosotros necesitamos el químico pa primero de Febreru; pero como en toa la provincia non ye igual pal empleo de ello, hay Sindicatos que lo piden a primeros de Xineru...

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con los demás Sindicatos?

—Casi na. ¿Entós pa qué ye la Federación, más que pa faer unu de toos los Sindicatos, axuntar toos los pedíos y faer una compra sola pa que salga más barato?

—Tienes razón.

—Bueno. Pos como te diba diciendo, como algunos Sindicatos quieren el químico pa



primeros de Xineru, cádate ahí que pa comprar lo de esos, tién que tener pa' ntós los pedíos de los que los queremos pa más arriba...

—Bien; pero ta sobran venti días...

—...Que son pocos, a mió paicer; porque ente escrebir a toas las fábricas pidiendo precios, pa comprar a la que más barato lo dé y más garantías ofrezca de que 'l abono ye de primera, volver a 'scribir si acaso atando algún cabo sueltu, y demás cosas que el asuntu trai consigo, a ver lo que sobra. Lo dicho: ta ye poco, y non sé cómo foron capaces de servir toos los pedíos de esta temporá, que ca unu pidió cuando quixo.

—Vas convenciéndome n' eso, Antón; pero tá hay una contra que non lo saben na Federación.

—¿Cuál ye?

—Pos que los socios, nun piden al Sindicato hasta que nun yos fai falta.

—Porque nun quieren. Desde medio año antis, tengo yo pensao las tierras que tengo semar de patatas, de maíz y de lo que sea, y por tanto 'l abono que nesecito. Pos ningún trabajo tengo, cuando m' avisen, de decir: A mí apuntáime tanto químico de esto y tanto de 'l otro pa cuando faigais el pedíu.

—Pero tú tas muy ricu Antón, y non sabes que toos, antes de pedir, tienen que palpase bien la bolsa pa ver si lo puen pagar...

—¡Repuño!... por non decilo más gordo. Ahora sí que me... amolaste.

Pero vamos a ver: ¿Non ta ahí la Caja, pa si fai falta sacar un préstamo...?

—...¿Y el interés que hay que pagar...?

—¿Y non val mucho más lo que se fai producir a la tierra por 'chale químico, que paga y repaga el senificante interés que cobra la Caja...?

—Convencísteme del to, Antón: y desde mañana mesmo, lo que manden de la Federación ha faese, o Colás dexa 'l cargu que tién. ¡Eso sí, barájoles...!

ARMANDO FIDALGO ESTRADA.

Diciembre, 1923.

Lo que era **DESAUTORIZADO** de esperar

Al entrar en máquina este número leemos en *El Debate* la hermosa carta del Emmo. Cardenal Primado al Conde de la Cortina, aplaudiendo la grande Obra de la Confederación y «la abnegación y el celo» de la Junta, así como lamentando «las preocupaciones y con-

trariedades que les ocasionan los intentos de provocación de banderías y división en el campo católico agrario.»

Habla de los que «trabajando por ideales tan levantados, posponen éstos a miserias de amor propio y a diferencias de criterio en lo accidental». Bendice a la Confederación y hace votos y espera que le sigan fieles Federaciones y Sindicatos.

Con este motivo se ha enviado a la Confederación el siguiente telefonema:

«Federación Asturiana Católica-agraria, felicitale honrosa justiciera carta Primado, reitera demostrada adhesión Confederación, hace votos extirpación completa cisma lamentablemente intentado.—*Presidente, Guisasola*»

Nuestros Sindicatos verán seguramente con gran complacencia que de ese modo se mantenga la indispensable unión en la grande Obra.

## LA FEDERACIÓN

# NOTICIAS

## Las Banderas

Recordamos a los Sindicatos rezagados la obligación en que se hallan de adquirir Bandera. Ya saben que la Federación se encarga de proporcionarla igual para todos, aunque cada una con la inscripción que se indique, y a los precios publicados en otras ocasiones.

Se acerca la hora de celebrar nuestra Asamblea General y es necesario que *todos* nuestros Sindicatos se vengán a Oviedo con su Bandera. Es indispensable que cuando nos presentemos al público podamos dar clara y patente sensación de lo que somos.

Y esto no se consigue con nada como con la ostentación de las Banderas.



ras en la manifestación proyectada, desde la Iglesia de S. Juan, donde acaso se celebre la función religiosa, hasta la Casa Social, donde se celebrarán las sesiones.

Conque ¡a encargar la Bandera a la Federación los que aún no la tengan!

### ¡El pobre diablo!

Uno de esos genios, completamente ocultos, que hablan mal de los Ayuntamientos, porque quieren ser concejales, y murmuran de los Cabildos, porque quieren ser Canónigos, y dicen pestes de la humanidad, porque no les hace caso, ha salido en «El Comercio» de Gijón diciendo, con pésima gramática, varias insulsas tonterías a propósito del robo de las Coronas en Covadonga y con ocasión del articulito publicado en el número anterior de ASTURIAS AGRARIA.

Es una lástima que, llevado de su humildad, haya ocultado el nombre, pues «aquello» no debía quedar en el anónimo. Está visto que «no hay *desgracia* sin tarasca»....

### Diálogo bien interesante...

—El dinero de las Cajas rurales está «más a mano» en la Caja de Ahorros de un Banco que en la Caja de la Federación...

—No es verdad, pues la Caja Central de la Federación da a sus imponentes las mismas facilidades que los Bancos y aún mayores no pocas veces.

—Por lo menos el tanto por ciento es más crecido en las Cajas de los Bancos...

—Por lo contrario, es siempre menor, pues los Bancos necesitan sostener gastos enormes de que la Caja Central está libre... Tres y medio, cuatro y cuatro y medio, según que sea a la vista, a los seis meses o al año: ¡a ver quién dá más!

—Sin embargo, parece «más social» llevar ese dinero a un Banco...

—Al revés; lo «social» es nutrir la Caja Central para que ésta disponga

de dinero que prestar a las Cajas Rurales y por lo tanto *a los labradores*. El dinero que se deposita en un Banco va en préstamos a los *grandes comerciantes, industriales, acaparadores*.... ¡a los mayores *enemigos del labrador, nunca a los labradores!* En cambio el dinero de la Caja Central es para ellos y sólo para ellos.

—Bien, pero es indiscutible que en un Banco está más seguro el dinero...

—Puede... Ahora acaba de suspender sus pagos el Banco de Castilla, y algún Sindicato está sufriendo las consecuencias... de no haber llevado sus dineros a donde sirvieran para favorecer a los labradores, no para dar armas a sus enemigos...

### Reforma de Estatutos

El Sindicato de Oles, de Villaviciosa, ha reformado sus Estatutos, anulando los por que se venía rigiendo hasta ahora y adoptando en su lugar los editados últimamente por la Federación, con sus respectivos Reglamentos de Secciones.

El expediente para la legalización de la reforma ha sido presentado por nuestro Secretariado el día 15 de Diciembre en el Gobierno Civil.

Son bastantes los Sindicatos que aún continúan con los Estatutos donde se establece la responsabilidad solidaria de los socios para *todas las operaciones* de la Asociación, lo que significa una verdadera temeridad.

En la Federación hay ejemplares de los Estatutos y Reglamentos de Secciones que *deben ser adoptados* por todos y que se expenden en elegante folleto al precio de 0,50 pesetas el ejemplar.

### Los Balances

Recordamos a los Sindicatos la obligación que les impone la Ley de presentar anualmente sus balances de contabilidad en el Gobierno Civil y en la delegación de Hacienda, una vez aprobados en Junta General.



En el Gobierno Civil hay que presentar al mismo tiempo certificación en que conste la renovación de la Junta Directiva.

Estos tres documentos tienen que ser reintegrados con un timbre móvil de 10 céntimos cada uno.

Las entidades federadas tienen también la obligación de enviar una copia autorizada del balance y otra de la renovación de la Junta a la Federación, ambas sin reintegro ninguno.

La Federación se encarga de hacer la presentación de los documentos mencionados que se destinan al Gobierno Civil y a la Delegación de Hacienda, todo de acuerdo con las amplias instrucciones que dábamos en los números 9 y 11 de la Revista correspondientes al 1.º de Diciembre de 1.922 y 1.º de Enero de 1.923, páginas 138 y 168 del primer tomo.

### Abonos servidos

Durante la campaña de Otoño, o sea desde Julio hasta el día de ayer, la Federación ha suministrado a los Sindicatos federados 581.000 kilos de abonos químicos.

### El Credito agrícola

La gran Junta organizadora del crédito agrícola, que el Estado desea fomentar eficazmente, para lo cual ha prometido un buen número de millones de pesetas, propone, como era de esperar, que los préstamos se hagan a los labradsses únicamente *mediante Entidades solventes...*

Ahora vamos a ver lo que sacan en limpio de su insigne perspicacia los que, excelentes individualistas, vulgo egoistas, tienen por divisa «El buey suelto bien se lame».

Pero no se preocupen, que nadie irá a turbarlos en su soledad bien amada: ni siquiera los dineros que el Estado pone a disposición de los labradores...

### Nuevos Sindicatos

El Director de la Sección de Propa-

ganda de la Federación, M. I. Sr. don Maximiliano Arboleya, ha dado en el salón de actos del Seminario de Valdedios una conferencia a la que asistieron multitud de labradores de aquellos contornos, que llenaban por completo el amplio local.

Les dió a conocer lo que es nuestra Obra de sindicación agraria y lo que es un Sindicato agrícola con toda la variedad de Secciones que lo integran, deteniéndose de manera especial en el funcionamiento y exposición de la Caja de ahorros y préstamos.

En el auditorio reinó gran complacencia y entusiasmo fundándose a continuación el Sindicato y la Caja rural.

La Junta Directiva del Sindicato quedó constituida en la forma siguiente:

Presidente: D. Jesús Rimada, Vicepresidente: D. Benito Solares, Tesorero: D. Ricardo Marcos, Secretario: D. José María Fernández Naredo, Vocales: D. Bernardo Fernández, D. Eladio Lozano, D. Ernesto García, D. Casimiro Solares, D. José Solís y D. Modesto Rodríguez

Este Sindicato abarcará las pequeñas parroquias de Puelles, Rozadas y San Pedro de Ambás y se llamará *Sindicato Agrícola de Valdedios*.

Al día siguiente se trasladó el señor Arboleya a Camoca, dirigiendo la palabra al numeroso público allí reunido y fundando un Sindicato agrícola con las parroquias de Camoca y Rozadas, cuya Junta Directiva es la siguiente:

Presidente: D. Bernardo Solares Fernández, Vicepresidente: D. Enrique Heria Luis, Tesorero: D. Senén Solares Carneado, Secretario: D. Manuel Ballina Solares, Vocales: D. Andrés Iglesias Zarracina, D. José Ballina Solares, D. Rosendo Amandí Rivero y D. Francisco Duarte García.

Damos la más cordial bienvenida a los nuevos Sindicatos, cuyas Cajas Rurales prometen ser de las más *móviles*.



# Canseco Hermanos

MAGDALENA, 28 :: TELEFONO 224 :: OVIEDO

Exportación e Importación de coloniales  
y cereales, Surtido general en Ultramarinos

ALMACENES DE DEPÓSITO: CAMPOMANES. 6 y 8

Abonos y superfosfatos de la Sociedad  
General de Industria y Comercio, marca

“ **GEINCO** ”

Delegación de la Unión Española de Explosivos  
: Sociedad “Santa Bárbara” :

**OVIEDO**

## Eufrasio Osoro

ALMACEN DE  
COLONIALES

Gran torrefacción de café selectos, por tostadores especiales de fama mundial marca SIROK

:: TUESTE DIARIO, DOS MIL KILOS ::

Depósito de los acreditados aceites de Luca de Tena, marca LA GIRALDA, Sevilla

Almacenes y Escritorio: Calle Campoamor, 17 - Oviedo

Teléfono núm. 11-83

Telegramas: Osoro



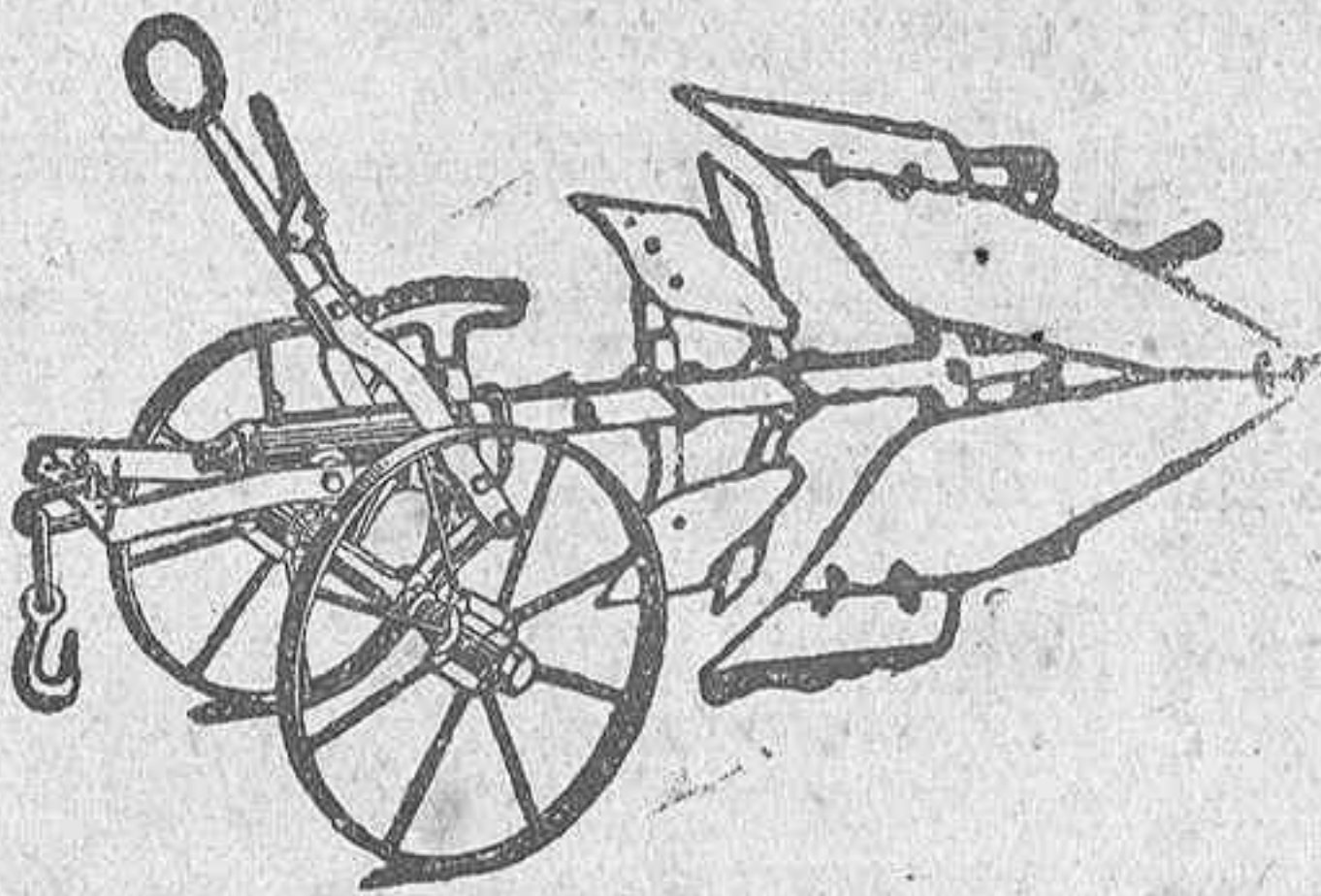
# Ajuria y Aranzábal

(S. A.)

Maquinaria Agrícola

VITORIA

Nuestros Arados BRABANTS, Gradas flexibles, Desterronadoras, Cultivadores, Sembradoras de Maíz, Guadañadoras, etc., etc., se distinguen siempre por su esmerada construcción y buen resultado.



Surtido completísimo de piezas de recambio para todos los aparatos de nuestra fabricación.

*Motores a gasolina LISTER de 2 a 12 HP., y Desnatadoras BALTIC.*

Sucursal en Oviedo: Fray Ceferino, núm. 3

## Francisco Rojo Cortés

ROSAL, 12-14 Y FRUELA, 5 = OVIEDO

Apartado de Correos, 44

:: Teléfono núm. 92 ::

**Almacenes al por mayor de Quincalla, Paquetería y Pasamanería**

Tejidos, Puntillas, Sedas, Mercería Calzado, Alpargatas, Camisetas, Cordelería, Bramante, Boinas, Fajas, Libros comerciales, Papel y sobres para cartas, Menaje de Escuelas, Medias y calcetines, Pañolería. Mantas de Palencia, Mallorca, Morellana y de Jerga, Estambres, Paraguas, Alforjas, Cinchas, Colchas, Libritos de fumar (varias marcas), Perfumería en general, Juguetes, Zapatillas, etc., etc.

Cuenta corriente con el Banco de España